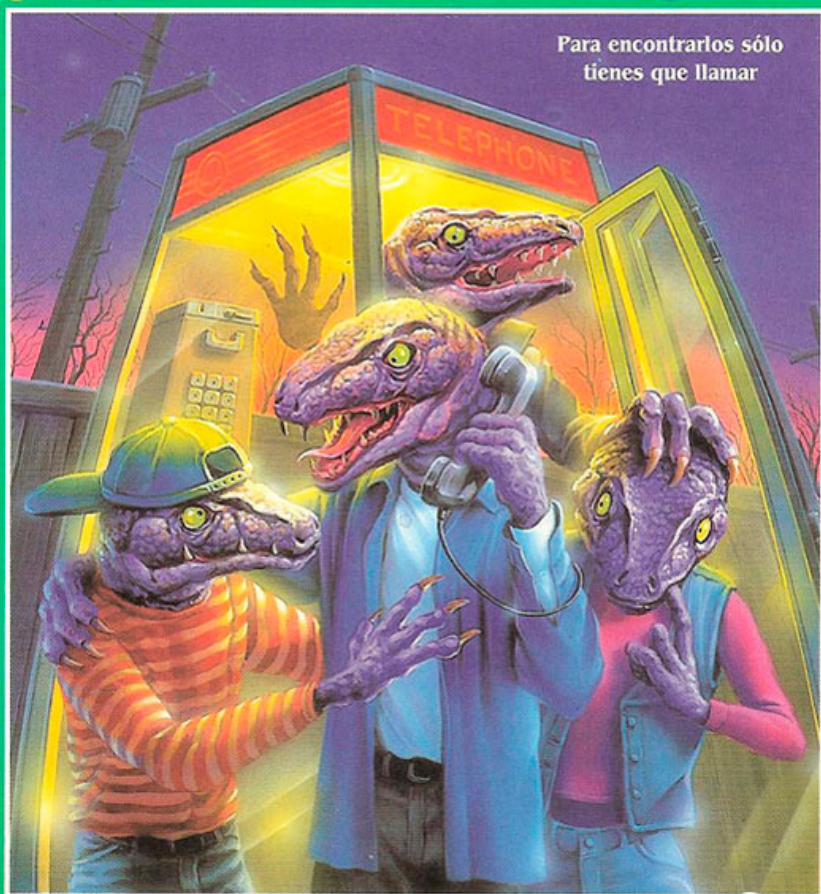


R. L. STINE

pesadillas

¡Llamada a los Bichos Raros!

Para encontrarlos sólo
tienes que llamar



se

Ricky Beamer está furioso porque lo han echado del periódico del instituto. Así que decide gastarle una broma a Tasha, la autoritaria editora jefe. Una pequeña broma inofensiva. Un día, inserta un mensaje en el periódico: «Si eres un Bicho Raro, llama a Tasha pasada la medianoche». Sin embargo, alguien modifica el mensaje de Rick, y a quien llaman es a él. Llamadas extrañas de chicos que dicen ser Bichos Raros. Bichos Raros con la piel de color púrpura y cubierta de escamas, con largos y afilados colmillos...



R. L. Stine

¡Llamada a los Bichos Raros!

Pesadillas — 48

ePub r1.1

javinintendero 06.09.14

Título original: *Goosebumps #50: Calling All Creeps!*

R. L. Stine, 1996

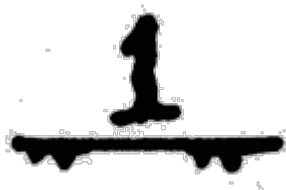
Traducción: Amadeo Grifoll

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Pasaban sólo unos minutos de las ocho de la tarde cuando salí de puntillas de mi habitación y me deslicé, escaleras abajo, tan silenciosamente como pude. Cuando sólo me faltaban tres escalones, tropecé con una cesta de ropa sucia y terminé cayendo de cabeza. Aterricé violentamente sobre los codos y las rodillas, aunque no hice ruido alguno. Estoy acostumbrado a caerme, me pasa a menudo.

Me puse rápidamente en pie y miré de reojo hacia el vestíbulo. ¿Me habrían oído papá y mamá? Estaban en la salita, viendo el canal de noticias del tiempo en la televisión. Podían estar así durante horas. ¿Qué encontraban de interesante en el tiempo? Se oía a la locutora de la televisión hablando acerca del viento helado en Nueva Escocia.

Me puse el anorak azul y continué sigilosamente hacia la puerta de la entrada. Pocos instantes después estaba fuera, corriendo por la acera. Me mantenía en la penumbra, con la cabeza gacha; mi destino era el instituto.

No os hagáis una idea errónea de mí. Normalmente no suelo escabullirme de casa por las noches; no soy un chico problemático ni nada por el estilo. Todo lo contrario: mis padres siempre me están diciendo que debo ser más valiente, más aventurero.

Nunca salgo de noche sin decir a mis padres adonde voy. Sin embargo, esa noche era muy especial. Debía resolver un asunto personal.

El nombre de la misión era: v-e-n-g-a-n-z-a.

En cuanto llegué a la esquina, resbalé y tuve que agarrarme a la farola para evitar caerme. La nieve casi se había fundido del todo, pero todavía quedaban placas de hielo en la acera.

Ni siquiera me había molestado en cerrar la cremallera del anorak. Crucé la calle a buen paso mientras el viento soplaba detrás de mí, y dejé atrás el grupo de casitas del bloque contiguo. Notaba el aire frío y la humedad en las mejillas como si fuese a nevar de nuevo.

Bueno, ¡ya basta de hablar del tiempo!

Ricky Beamer (éste soy yo) tenía asuntos más importantes en los que pensar esa noche. Había planeado hacer de espía y llevar a cabo una arriesgada travesura.

Pocos minutos después, me encontraba cruzando el solitario patio que se encontraba junto al instituto: el Instituto Harding. Esto es lo que debería poner el letrero situado junto al mástil de la bandera; sin embargo, como alguien había borrado con pintura las primeras letras, lo que realmente ponía era: NSTITUTO ARDING.

Aquí en Harding, estamos muy orgullosos de nuestro instituto. Es un edificio relativamente nuevo; todo es muy moderno y limpio, y gusta a la mayoría de los alumnos.

A mí también me gustaría, si los demás me diesen una oportunidad. Si no se metiesen conmigo y dejaran de llamarme Ricky Rata o Ricky Tonti, sería verdaderamente feliz.

A lo mejor pensáis que estoy un poco amargado. Pues bien, ¡tenéis razón! Todos los chicos creen que soy un estúpido y aprovechan la menor oportunidad para burlarse de mí.

Miré por unos instantes el edificio. Es una construcción de planta baja y piso superior con muchas curvas, parecida a una serpiente. Una parte está destinada a enseñanza secundaria y la otra a los cursos superiores. Yo estoy en secundaria y mi clase se encuentra justo en la mitad del edificio.

Un foco iluminaba el mástil de la bandera que se encuentra en la entrada. Más allá, la mayor parte de las aulas estaban a oscuras. Vi luz en las aulas de bachillerato y me dirigí hacia allí.

Un coche pasó lentamente y los faros iluminaron la fachada del edificio. Me agaché rápidamente detrás de unos espesos arbustos, para evitar que me descubriesen.

Fue tal la precipitación por esconderme que me caí. Una masa de nieve fría y húmeda se me incrustó en mi negro cabello rizado y, con un temblor, me la sacudí. Cuando el coche hubo pasado, me acerqué hasta la ventana del aula iluminada. Mis zapatillas chapoteaban en la tierra blanda. Miré al suelo, había metido los pies en un profundo surco lleno de barro.

Olvidándome del barro, me apoyé en el alféizar de la ventana y pegué la cara al cristal. ¿Acaso estaban las luces encendidas porque el empleado de mantenimiento del turno de noche estaba limpiando allí dentro? ¿O era Tasha McClain, que todavía estaba trabajando?

¡Tasha McClain! El simple hecho de pronunciar su nombre me producía dentera.

A pesar del vaho en los cristales, miré al interior. Efectivamente, Tasha estaba sentada al escritorio situado junto a la pared. Estaba inclinada sobre el ordenador y el largo cabello pelirrojo rizado le caía sobre el teclado mientras escribía con dos dedos.

La señorita Richards, la responsable del periódico, estaba de pie junto a ella, con una mano apoyada en el respaldo de la silla de Tasha. La señorita Richards es joven y muy bonita. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Con el ancho suéter gris y los pantalones vaqueros descoloridos, parecía más una estudiante que una profesora.

La señorita Richards se había mostrado muy amable conmigo el pasado mes de septiembre cuantío ingresé en el equipo de redacción del periódico. Últimamente, sin embargo, su simpatía parece haber disminuido. Todo indica que Tasha la ha puesto en mi contra.

Tasha está en bachillerato y por ello piensa que ya es una persona importante. Los de secundaria no pintamos nada en Harding. En serio, no somos nada y, si me apuráis, incluso menos que nada.

Sabía que esa noche, Tasha y la señorita Richards estarían trabajando hasta muy tarde en el *Harding Herald*, puesto que al día siguiente, martes, saldría a la calle.

La señorita Richards estaba inclinada sobre Tasha, señalando algo en la pantalla del ordenador. Miré fijamente con la intención de ver de qué se trataba y distinguí un titular acompañado de una foto. Tasha estaba diseñando la portada del *Harding Herald*.

Una vez terminada, la grabaría en el disquete que la señorita Richards llevaría después a la oficina principal para imprimir doscientas copias en la impresora láser.

De repente, la señorita Richards se dio media vuelta hacia la ventana, por lo que me tiré al suelo. ¿Me habría descubierto?

Esperé unos instantes y entonces me levanté. Tasha continuaba tecleando; únicamente se detenía para pulsar el ratón y cambiar cosas en la pantalla. La señorita Richards había salido de la habitación.

Estaba temblando. El viento se arremolinaba haciendo saltar la capucha de la parka. Todavía no había conseguido quitarme toda la nieve de la cabeza, por lo que gotas de agua helada me caían en el cogote. Oí un perro aullando con tristeza en la distancia.

«¡Levántate! —le grité en silencio a Tasha—. Por favor, sal de la habitación para que pueda seguir con mi plan.»

Otro coche pasó despacio por la calle que se encontraba a mi espalda. Me apreté contra la pared para mantenerme fuera de la vista. Cuando regresé a la ventana, el aula estaba vacía. Tasha también había salido.

—¡Eso es! —grité con júbilo contenido.

Mi corazón latía con fuerza. Apoyé las manos en el alféizar de la ventana y empecé a forcejear para ver si podía entrar. Tenía claro que debía actuar con rapidez, pues probablemente Tasha había ido a la máquina de bebidas del vestíbulo. Disponía únicamente de unos segundos para colarme en la habitación, hacer lo que había planeado y salir de allí.

Empujé y zarandeé la ventana, pero fue en vano.

Al principio pensé que podía tratarse del frío, pero finalmente, al cuarto intento, empezó a ceder. Empujé con todas mis fuerzas y conseguí abrir la ventana lo justo para deslizarme en el interior.

Las zapatillas estaban húmedas y resbalaban en el suelo de linóleo. Estaba dejando un rastro de pisadas de barro, aunque no me importaba.

Atravesé la habitación y me instalé delante del ordenador. La mano me temblaba mientras agarraba el ratón y lo movía hacia el principio de la página del periódico.

Oí las voces de la señorita Richards y de Tasha que hablaban en

el vestíbulo.

Respiré profundamente y repasé la página con decisión. A continuación, tecleé unas palabras, en un formato pequeño, en la parte superior de la portada. Al mismo tiempo que, mentalmente, emitía una leve risa, escribí: «Llamada a todos los Bichos Raros. Llamada a todos los Bichos Raros. Si eres un verdadero Bicho Raro, llama a Tasha al número 555 6709, pasada la medianoche.»

¿Por qué había añadido este mensaje a la portada del periódico del instituto?

¿Por qué había salido furtivamente por la noche corriendo el riesgo de ser atrapado?

¿Por qué necesitaba vengarme desesperadamente de Tasha?

Bien..., ésa es una larga historia...



Días atrás, una chica nueva llegó al instituto: Iris Candler.

Llegó a la clase y permaneció de pie en la entrada, un tanto nerviosa, esperando a que la señorita Williamson le asignara un sitio.

Yo estaba muy ocupado terminando los deberes de matemáticas antes de que sonara el timbre, pues el día anterior los había olvidado por completo.

Por unos momentos dejé mi ardua tarea para fijarme en la chica nueva. «No está mal», pensé. Tenía la cara redonda y los ojos grandes y azules; el cabello rubio corto y peinado con la raya en medio y llevaba unos largos pendientes rojos que tintineaban cuando movía la cabeza.

La señorita Williamson le asignó un sitio en la parte de atrás. Después me preguntó si podría enseñar a Iris, durante el día, todo lo referente al centro. Es decir, tenía que mostrarle dónde estaban el comedor, los servicios; en fin, todo.

Estuve a punto de gritar de la sorpresa. ¿Por qué la señorita Williamson me escogía a mí? Intuyo que fue porque Iris iba a sentarse justo a mi lado.

Oí reírse a un par de chicos, al tiempo que alguno de ellos decía: Ricky Tonti. Los chicos de mi clase siempre se meten conmigo. Tenía la esperanza de que Iris no les hubiese oído.

Debo admitirlo: quería impresionarla. Estaba contento por tener alguien diferente con quien hablar, una persona que no supiera que todo el mundo me consideraba un perdedor.

A la hora del almuerzo acompañé a Iris al comedor. Le comenté lo nuevo que era el centro y que cuando llegamos, al principio, de los grifos de agua fría salía agua caliente y al revés. Ella dijo que parecía bastante divertido. A mí me gustaba la forma en que le tintineaban los pendientes cuando reía.

Me preguntó si practicaba algún deporte.

—Todavía no —le respondí.

«¡Ni en un millón de años!», pensé.

Cuando los estudiantes escogían equipo en el campo de juego, los capitanes acababan peleando por no quedarse conmigo. Siempre lo mismo:

—¡Es tuyo!

—¡No fastidies! Hoy te toca a ti.

—¡Claro que no! Hoy va contigo. La última vez me tocó a mí.

No soy precisamente lo que se dice un atleta.

—Este es el comedor —le dije a Iris, abriendo la puerta. Al instante me quedé mudo. ¿Qué podría ser si no? ¿La sala de música?

Al entrar, observé a mis cuatro enemigos en su mesa habitual en medio del comedor. Les llamo mis cuatro enemigos porque... ¡es evidente que lo son!

Se llaman Jared, David, Brenda y Watt. En realidad Watt corresponde a Richard Wartman, pero todo el mundo lo llama Wart, incluso los profesores.

Los cuatro, alumnos de primer curso de bachillerato, siempre se están burlando de mí. Cuando no lo hacen, intentan hacerme daño.

No sé exactamente qué mosca les ha picado, nunca he tenido nada que ver con ellos. Supongo que se meten conmigo porque es de lo más fácil.

Provisto de dos bandejas para la comida, acompañé a Iris hasta el mostrador.

—Aquí está la comida caliente —le expliqué—, aunque nadie la come a menos que sean pizzas o hamburguesas.

Iris me obsequió con una bonita sonrisa.

—Lo mismo que en mi antigua escuela —comentó.

—Olvídate de los macarrones —le advertí—, nadie los come. Creemos que sirven los mismos durante todo el año. ¿Ves esa

costra? ¿Quién ha oído que los macarrones tengan costra?

Iris se rió. Me tiré el pelo atrás. Me pregunté si le caía bien.

Ambos elegimos bocadillos y bolsas de patatas fritas. Yo además cogí un cuenco de gelatina roja y verde y una botella de zumo de frutas.

—La caja está por allí —señalé a Iris.

Observé a Iris mientras marcaba el cupón de la comida en la caja. Me sentía muy bien. Me parecía que Iris estaba impresionada por toda la ayuda que le estaba ofreciendo.

Divisé un par de sitios vacíos en la mesa junto a la ventana. Hice una señal con la cabeza y me zambullí entre la multitud en aquella sala tan ruidosa, con la bandeja en alto sostenida con ambas manos.

Evidentemente Wart alargó el pie. Tropecé y me caí, con lo cual la bandeja salió volando. Mientras caía al suelo, alcé la vista y vi que la gelatina volaba por encima de una mesa y terminaba en la falda de una chica. El resto de la comida se desparramó por el suelo. Los chicos se pusieron a reír, a gritar y a aplaudir.

—¡Ahí llega Ricky! —exclamó alguien.

—¡Ricky Rata! ¡Ricky Rata!

Wart y sus tres compinches empezaron a entonar:

—¡Ricky Tonti... Ricky Tonti!

Miré hacia arriba y vi que Iris también se estaba riendo. «Tierra, trágame», pensé. De pronto, me noté la cara caliente, estaba ruborizado.

«¿Qué voy a hacer? —pensé, allí tirado boca abajo—. No puedo tolerar esto por más tiempo. ¿Qué puedo hacer?»

3

Al terminar las clases me dirigí a las aulas de bachillerato, en la otra parte del edificio. La oficina del periódico del instituto se encuentra en el despacho de la señorita Richards.

La señorita Richards estaba sentada clasificando papeles. En el momento en que entré en el despacho me miró y frunció el ceño; acto seguido, volvió a la tarea.

Observé a Tasha aporreando agresivamente el teclado del ordenador de la esquina. Movía los labios al tiempo que escribía y arrugaba la frente en señal de alta concentración.

Me dirigí a la ayudante de edición, una chica de último curso llamada Melly. Esta tenía el cabello castaño, lacio y corto y llevaba gafas con una montura marrón que le hacía juego con el pelo. Se encontraba inmersa en la lectura de nuevos artículos y deslizaba el dedo por la página mientras leía.

—Hola, Melly —le dije.

También me miró y frunció el ceño.

—Ricky, conseguirás que me echen.

—Lo siento —respondí—. ¿Tienes algo para mí, hoy?

Seguramente os preguntaréis por qué se me ocurrió apuntarme como reportero en el *Harding Herald*. No se trata de que yo sea un gran escritor ni nada parecido.

Todos los alumnos de Harding necesitan seis créditos de actividades extraescolares por curso. Esto significa que debes obtenerlos practicando deportes en algún club o bien participando en actividades del instituto fuera del horario lectivo.

De ninguna manera estaba dispuesto a hacer deporte, por eso decidí intentarlo en el periódico. Se me ocurrió que sería más sencillo. Evidentemente, aún no conocía a Tasha.

Aquella chica trataba a los alumnos de secundaria como si fueran gusanos. Ponía cara de asco cada vez que uno de nosotros entraba en el despacho y, de inmediato, trataba de fastidiarnos.

Asignaba los mejores artículos a los alumnos de los cursos superiores. ¿Sabéis cuál fue el primer artículo que me encomendó? Me dijo que debía contar los claros del patio y escribir acerca de por qué en ellos no crecía la hierba.

Sabía que intentaba que dejara la actividad; sin embargo, aunque resulta duro escribir un buen artículo sobre los «parches» del patio, creo que hice un buen trabajo y el artículo completo me ocupó cinco páginas.

Tasha no llegó a publicarlo y cuando le pregunté la razón, respondió: «¿A quién le interesan los “parches” del patio?»

Mi siguiente cometido fue entrevistar al tipo de mantenimiento del turno de noche acerca de las diferencias entre el turno de día y el suyo.

Tampoco este artículo se publicó en el periódico. Me moría de ganas de dejarlo, pero necesitaba los créditos. Si no los conseguía, no podría pasar de curso y tendría que ir a la escuela de verano sin remedio.

Por lo tanto, continué yendo a la oficina del *Harding Herald*, dos o tres tardes por semana, al salir de clase, y pidiendo a Tasha que me encargara más artículos.

—¿Tienes algo para mí? —le pregunté a Melly.

—No sé —respondió encogiéndose de hombros—, pregunta a Tasha.

Fui hasta la mesa de Tasha. Mientras tecleaba, en su rostro se reflejaba el brillo de la pantalla.

—¿Tienes algún artículo para mí? —le pregunté.

—Espera a que termine —gruñó, sin mirarme siquiera y continuando su trabajo.

Retrocedí y, al darme la vuelta, vi a la señorita Richards saliendo de la habitación. Algunos chicos estaban hablando alrededor de la mesa junto a la ventana y me dirigí a ellos.

David y Wart, dos de mis enemigos, estaban en plena discusión. Ambos son reporteros deportivos del periódico y ello les lleva a escribir sobre todos los deportes de Harding. El resto del tiempo rondan por la oficina, incordiando.

David es alto y rubio; en cambio Wart es bajito, rechoncho y tiene la cara enrojecida. Guarda cierto parecido con un jabalí.

Descubrí galletas y latas de gaseosa encima de la mesa. Intenté llegar hasta las bebidas pasando por detrás de David, sin embargo Wart se plantó delante de mí. Ambos se reían sarcásticamente.

—¿Qué tal tu comida, Ricky? —preguntó Wart.

Se reían mientras chocaban los cinco dedos.

Miré enfurecido a Wart, me hubiese gustado borrar esa sonrisa burlona de su cara.

—¿Por qué me pusiste la zancadilla? —le pregunté, mientras notaba cómo me subía el color a la cara.

—No fui yo —mintió.

David reía.

—Lo hiciste —insistí—. Me pusiste la zancadilla.

—No, te equivocas —replicó—. Ni siquiera te toqué.

—Trozaste con una grieta del suelo —se entrometió David—. O tal vez encontraste un bache de aire.

Ambos se rieron. Son unos inútiles.

Agarré una lata de gaseosa de la mesa, la abrí, y me dispuse a irme.

—¡Oye! Espera. —Wart me asió por el hombro.

—¿Qué te pasa? —pregunté, después de darme la vuelta bruscamente.

—Ésta es la lata que yo quería —me respondió.

—Demasiado tarde —le repliqué—. Elige otra.

—No, yo quiero ésta —dijo—. Y golpeó la lata.

Aleje la mano para ponerla fuera de su alcance, pero no logré sostenerla y la lata salió volando por la habitación. Mientras volaba, iba esparciendo gaseosa por todas partes. Finalmente, fue a parar encima del teclado de Tasha.

Soltó un grito y se puso de pie, al tiempo que la silla rodaba por los suelos.

Rápidamente, agarré unas servilletas de papel de la mesa y

atravesé la habitación de un salto.

—¡No te preocupes, lo limpiaré! —le dije a Tasha.

El teclado estaba empapado. Empecé a limpiar frenéticamente las teclas.

—¡No, Ricky! ¡Deténte! —gritó Tasha.

Demasiado tarde.

Me estremecí de miedo al darme cuenta de lo que había hecho.

4

—¡Aaah! —gritó Tasha con rabia, mientras se tiraba del cabello pelirrojo con ambas manos—. ¡Eres un estúpido, Ricky! ¡Un estúpido!

De hecho, nunca llamaba a la gente por su nombre. Sin embargo, tenía una buena razón para estar enfadada conmigo: le había borrado toda la portada.

La pantalla resplandecía delante de nosotros con un azul intenso y brillante.

No había ni una palabra, ni una imagen.

—¡Lo... siento! —murmuré.

—Tal vez pueda salvarla —le dijo Tasha a Melly—. Debe de haber una forma de encontrarla y recuperarla.

Tasha me apartó, agarró la silla y se sentó.

—¡Oh! —soltó otro grito cuando se dio cuenta de que se había sentado en un charco de gaseosa.

Con la mirada fija en el azul intenso de la pantalla, empezó a teclear con furia.

Me di cuenta de que las teclas estaban todavía mojadas y pegajosas. Tasha procuraba no cometer errores, Seguía buscando y tecleaba una y otra vez, mientras no dejaba de refunfuñar cada vez que abría la boca.

No había forma, no encontraba nada, la portada se resistía a aparecer.

Finalmente, se dio por vencida al tiempo que profería un clamoroso quejido. Soltándose el cabello con las manos, se dio la

vuelta hacia mí gruñendo.

—¡Estúpido! —chilló—. Todo el trabajo perdido, ¡todo!

—Fue un accidente, Tasha. De veras que sólo fue un accidente —musité tragando saliva.

—¡Tú, miserable estúpido! —gritó Tasha, mientras Melly permanecía de pie a su lado, mirándome con enojo y moviendo la cabeza.

—¡Wart me empujó! —protesté.

Miré hacia la mesa. Wart y David habían desaparecido de la habitación.

—¡Estás fuera del periódico! —dijo Tasha vociferando—. Fuera, Ricky. ¡Largo de aquí!

—¿Qué? —Mi corazón se detuvo por unos instantes—. No, Tasha, ¡espera! —le rogué.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaba, mientras movía las manos para ahuyentarme, como si yo fuera un perro—. ¡Estás fuera del periódico! ¿Ha quedado claro?

—¡Pe... pe... pero —farfullé, como un motor fuera borda—, necesito los créditos! ¡Por favor, dame otra oportunidad! ¡Por favor! —supliqué.

—¡Largo! —insistió Tasha.

Melly chasqueó la lengua y movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Eres muy injusta! —gimoteé.

De acuerdo, de acuerdo. Me comporté como un niño, pero convendréis conmigo en que había sido muy injusta.

Di la vuelta y me escabullí hacia la puerta. ¿Podéis adivinar quién había estado allí? ¿Os podéis hacer una idea de quién había observado toda aquella horrorosa escena?

En efecto: Iris.

Era su primer día en el instituto y ya sabía que yo era un perdedor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con cierta brusquedad.

—Me dijeron que debía hacer una actividad extraescolar y se me ocurrió que podía intentarlo en el periódico —replicó Iris.

Me siguió hasta el vestíbulo que, en aquellos momentos, se encontraba vacío.

—No obstante, me parece que no me incorporaré al periódico:

aquella chica pelirroja es una antipática.

—Me lo contarás a mí —murmuré, moviendo los ojos en círculo.

—No debería haberte llamado estúpido —continuó Iris—. Fue un accidente. ¡Qué desagradable! Tendría que haberte dado otra oportunidad.

Pensé que probablemente entre Iris y yo surgiría una buena amistad.

Agarré el anorak de la taquilla y juntos salimos del edificio.

El sol de la tarde se ponía ya por detrás de las casas y de los árboles desnudos, dado que en invierno oscurece muy temprano. Las placas de nieve sobre la hierba y las aceras reflejaban una luz intensa mientras nos encaminábamos a la calle.

—¿Dónde vives? —pregunté, colocándome la mochila sobre el anorak.

Iris me señaló el camino.

—Yo también —le indiqué, y comenzamos a caminar juntos.

No me sentía con ganas de hablar, ya que estaba aún totalmente turbado por la forma en que me habían echado del periódico. Con todo, estaba contento de que Iris estuviese a mi lado.

Cruzamos la calle y seguimos hasta el siguiente bloque, rodeado por una valla interrumpida únicamente por los vados de los vehículos.

Algunos chicos habían marcado la calle para jugar un partido de hockey. Patinaban arriba y abajo, apoyados en los *sticks*, vociferando alegremente.

—¿Patinas? —preguntó Iris.

—Un poco —le respondí—. Mis cuchillas están un tanto estropeadas. Los frenos andan algo sueltos y...

—Yo siempre los quito —dijo ella—. Es mucho más emocionante sin frenos, ¿no crees?

Intenté responder, pero un ruido de atrás de la valla hizo que me detuviera. ¿Habían susurrado algo? ¿Oía a alguien reír?

Continuamos andando. Estaba contándome algo acerca de cómo patinaban los chicos en la ciudad donde vivía antes. Ciertamente, no escuché, puesto que seguía oyendo pisadas, susurros y restregamiento de pies al otro lado de la valla.

Por fin, me llevé el dedo a los labios.

—Iris, ¡sssh! —le susurré.

Los ojos azules se le abrieron con expresión de sorpresa.

—Ricky, ¿qué ocurre?

—Creo que nos siguen —contesté.

5

—No oigo nada —murmuró Iris, mientras me miraba fijamente. Escuchamos con atención.

No oíamos nada, excepto los gritos de los jugadores de hockey que habíamos encontrado antes en la calle. Seguimos nuestro camino.

Escuché unas risitas y unos susurros, por lo que me dirigí hacia el siguiente vado y miré detrás de la valla.

—¿Quién está ahí? —preguntó Iris, corriendo detrás de mí. Escudriñó la valla y, a continuación, el patio que tenía enfrente.

—No veo a nadie —le señalé.

—Ricky, ¿por qué estás tan preocupado? Probablemente habrás oído un pájaro o algo por el estilo —comentó riendo.

—Seguro, un pájaro —repetí, mientras regresaba a la acera.

No quería que Iris pensase que estaba loco; sin embargo, había oído algo.

Continuamos andando y cuando habíamos sobrepasado un par de casas, oí una cantinela que provenía del otro lado de la valla:

—Ricky Tonti... Ricky Tonti...

—¿Has oído eso? —pregunté a Iris.

Asintió. Sobre nuestras cabezas, se oía el lejano ronroneo de un avión.

—¿Te refieres al avión? —preguntó.

—No —respondí—, he oído voces.

Una risa apagada flotaba aún por el aire. Corrí para comprobar de qué se trataba y por poco resbalo en una lisa placa de hielo. Me

agarré a la valla para mantener el equilibrio y observé que no había nadie, sólo un patio vacío. Me coloqué bien la mochila y regresé apresuradamente a la acera con Iris.

—Ricky, eres un poquito raro —me dijo entre risas.

Sin embargo me atrevería a decir que estaba empezando a preguntarse cómo era yo, quizá pensase que era demasiado extraño para ser su amigo.

—Te juro que he oído a alguien ahí detrás —insistí—. Deben de estar escondidos en la valla o...

—¡Aaaaaah! —Se escuchó un grito de ataque, y la valla se movió.

Me tambaleé de espaldas hacia la calle. Entonces, cuatro figuras saltaron desde la valla. Eran cuatro chicos, chillando y vitoreando.

¡Mis cuatro enemigos!

Vi la cara de Iris descompuesta por la sorpresa. Inmediatamente, Wart y David me agarraron, mientras Brenda y Jared se unían a ellos. Me empujaron todos a la vez y me echaron hacia atrás, mientras me hacían dar vueltas, se reían y gritaban. Después, David me zarandeó.

Empezaron a revolotear a mi alrededor, me tiraron al suelo y me inmovilizaron en el frío y húmedo fango.

—¡Soltadme! —chillé.

Intenté dar puntapiés y zarandearme para poder liberarme; no obstante, los cuatro me tenían bien sujeto.

—¡Soltadme! —gemí—. ¿Qué vais a hacer conmigo?

6

—¡Dejadle ir! —oí que les decía Iris.

—Muy bien —replicó Wart—. De acuerdo.

El gran jabalí regordete, que se me había sentado sobre el estómago, se puso de pie. Respiré profundamente. Los otros tres me soltaron y retrocedieron un paso.

Me senté, sacudiéndome el barro de la manga del anorak. Miré a Iris, que estaba junto al bordillo con los puños apretados y los ojos bien abiertos.

Me levanté, no sin quejarme, pero Wart y Jared me tumbaron de nuevo.

—No tan rápido —dijo Jared, que es bajito y delgado, pero un auténtico canalla.

—¿Qué queréis? —pregunté.

—¿Por qué dijiste a Tasha que el incidente de la lata de gaseosa había sido culpa mía? —preguntó Wart, mientras se inclinaba sobre mí.

—Porque así fue —le solté.

Una hoja seca me cayó en la cabeza y me la quité.

—Pero ¿por qué tuviste que decírselo a Tasha? —requirió Wart bruscamente.

—Porque es un gallina —intervino David.

—Porque estaba asustado —dijo Brenda.

—Porque eres un chivato —sentenció Wart.

—¡Fue culpa tuya! —grité, mientras intentaba ponerme de pie. Inmediatamente me tumbaron otra vez.

Iris dejó escapar un grito y se cubrió la boca con las manos. Era evidente que estaba muy asustada.

—Tranquila —le indiqué—, no creo que tengan intención de hacerme daño. ¿No es cierto? —le pregunté a Wart, mientras le miraba.

Los cuatro se reían.

—¿Qué tendríamos que hacerle a Ricky Rata? —observó Brenda.

—Machacarlo —replicó David.

Continuaron riéndose.

—No. Dejemos que cante —expuso Wart, con sarcasmo.

—¡Oh, no! —protesté—. Otra vez ¡no!

Hacerme cantar es su forma de burlarse de mí. Siempre me obligan porque tengo una voz horrible y me es del todo imposible alcanzar el tono.

—Por favor... —supliqué.

—Eso es, canta una canción en honor a tu nueva amiga —subrayó Brenda, señalando a Iris.

—No. ¡No quiero! —insistí.

David y Jared se abalanzaron sobre mí, me agarraron por los hombros y me sumergieron en el barro.

—Canta una canción —ordenó Jared.

—Canta *La Macarena* —señaló Wart.

Los otros lo alentaron y aplaudieron.

—¡Sí! ¡*La Macarena*! ¡Qué buena idea!

—Nooo —protesté—. Otra vez no. ¡Por favor, chicos! ¡Por favor! De veras, no sé la letra. No me hagáis cantar esa canción de nuevo.

Rugué y supliqué al igual que lo hizo Iris, aunque los cuatro, de pie a mi alrededor y mirándome fijamente, no permitían que me moviera del barro.

No me quedaba más remedio. Solamente existía un modo de escapar de aquella situación: sentarme en el helado suelo de barro y empezar a cantar.

—«Dale a tu cuerpo alegría Macarena...

Estalló una ruidosa risa colectiva, acompañada de gritos y alaridos. Se empujaban y daban palmadas. Con la excitación del momento, sin darse cuenta, ellos mismos cayeron en el fango.

—... ¡hey! Macarena.»

Sea como fuere, canté toda la canción. Desde luego, olvidé buena parte de la letra, a la vez que la voz se me rompía en los tonos altos. Ni que decir tiene que nunca en mi vida me había sentido tan humillado.

Seguro que Iris pensaba que yo era el mayor indeseable del planeta, un perdedor integral.

Hubiese deseado que se me tragase la tierra, al igual que una lombriz, para no salir nunca más.

Me puse de pie y salí corriendo. No miré atrás, ni a mis enemigos, ni siquiera a Iris. Especialmente a Iris, puesto que no estaba dispuesto a ver cómo se reía o se compadecía de mí.

Corrí hasta mi casa sin aflojar la marcha, entré, cerré de un portazo y subí a mi habitación. Me convencí de que todo había sido culpa de Tasha.

En primer lugar, Tasha me había echado del equipo del periódico a causa de un accidente. En segundo lugar, Tasha había contado a Wart que yo le había acusado.

Por eso, Wart y sus compinches no tuvieron elección. Debían perseguirme y humillarme delante de Iris.

Todo era culpa de Tasha... Ella era la culpable...

Permanecí en silencio pensando en ella mientras intentaba conciliar el sueño, meditando cómo podría devolverle el golpe algún día. Tardé horas y horas en quedarme dormido.

Me despertó el teléfono que tenía al lado de la cama el sábado por la mañana. Todavía medio dormido, descolgué el auricular.

¿Quién creéis que estaba al otro lado de la línea?

Tasha.

Exacto. Una sorprendente llamada de Tasha. Una llamada que cambiaría mi vida.

7

—¿Sí? —conseguí mascullar, todavía medio dormido, mientras aclaraba la voz.

—Necesito tu ayuda —me dijo Tasha.

—¿Cómo?

Me incorporé de golpe. ¿Tasha necesitaba mi ayuda? ¿Acaso todavía estaba dormido y se trataba sólo de un sueño?

—Necesito que hagas un reportaje para el periódico. Lo he intentado con todo el mundo —continuó—, pero nadie puede hacerlo. Eres la última persona a quien llamaría, pero eres mi única esperanza.

—¿Cómo? —repliqué.

—Ricky, ¿es eso todo lo que se te ocurre decir? —reclamó Tasha chillando—. ¿Es que te he despertado o algo por el estilo?

—Sí, bueno... no.

Volví a carraspear.

Sacudí la cabeza para despabilarme. ¿Tasha necesitaba mi ayuda?

—Quiero que vengas al instituto y cubras la Fiesta del Lavado de Coches de Invierno —señaló Tasha—. Necesito un reportaje y fotos. ¡En el acto!

—¿Cómo...? —balbuceé.

¿Por qué no podía responder otra cosa? Me pregunto si estaba aturdido o qué.

—La Fiesta del Lavado de Coches... ¿en invierno? —insistí.

—¿No conoces la Fiesta del Lavado de Coches del instituto? —

dijo Tasha suspirando—. ¿No te has fijado en los carteles? ¿No lees el periódico?

—¡Oh! Claro, lo había olvidado —le mentí.

Eché un vistazo por la ventana; el día era espléndido, perfecto para lavar coches.

—¡Fantástico! Iré directamente al instituto, Tasha —le comuniqué—. Gracias por esta segunda oportunidad.

—No quería llamarte —afirmó Tasha con frialdad—, pero la mayor parte de los reporteros está haciendo un trabajo de campo y el resto está en la fiesta. Si mi perro pudiese sacar fotografías, lo habría utilizado.

—¡Un millón de gracias! —grité.

De acuerdo, de acuerdo. Me estaba insultando, pero al mismo tiempo me ofrecía una segunda oportunidad. Probablemente no tendría que acudir a la escuela de verano, después de todo.

Me puse unos vaqueros lavados a la piedra y una sudadera. Me zampé un desayuno rápido, unos cereales de colores y un vaso de zumo de naranja, y salí corriendo en dirección al instituto.

Era un día cálido. Por la radio informaron que tal vez nevaría, sin embargo la temperatura era demasiado agradable para que eso sucediese.

Cuando crucé la calle del instituto vi algunos chicos preparando el lavado de coches en el patio. Un estandarte blanco, ondulando por el efecto de la brisa matinal, proclamaba: LAVADO DE AUTOS EN HARDING: 5 DÓLARES.

Unos chicos estaban extendiendo largas mangueras desde la parte de detrás del edificio. Varios cubos estaban dispuestos encima de una larga mesa de madera, junto con esponjas y montones de toallas blancas. Un Pontiac azul y una camioneta estaban listos para el lavado.

Entré en el edificio y, a través del vestíbulo, me dirigí a la sala de redacción del periódico. Encontré a Tasha sola en el despacho. Estaba inclinada encima del ordenador trabajando.

Frunció el ceño en el momento en que me vio entrar.

—Cubriría el reportaje yo misma —comentó—; pero claro, debo terminar la portada. Nunca me había encontrado tan desesperada.

Un saludo muy cordial, ¿no es cierto?

—Te prometo que haré un buen trabajo —le señalé.

Cruzó la habitación y tomó una cámara de la mesa de la señorita Richards.

—Aquí tienes, Ricky —dijo—, pero cuídala mucho: se trata de la Pentax de mi padre. Es muy cara y, además, es su favorita.

Sujeté la cámara con ambas manos y, con un cuidado especial, la examiné. Me preparé para hacer una foto.

—Di: Luiiis... —le propuse, ya que Tasha no sonreía nunca.

—Te lo advierto, Ricky —observó con severidad—: que no le pase nada a la cámara. Saca cuatro o cinco instantáneas de los participantes lavando coches y, después, me traes la cámara directamente a mí.

—Hecho —le contesté.

—Quiero una historia entre seis y ocho párrafos —continuó—. Deberás escribirla hoy y traérmela mañana, como muy tarde. La señorita Richards y yo misma hemos de terminar de compaginar el periódico para poderlo imprimir el lunes por la noche.

—Eso está hecho —le repetí.

—Voy a reservar una columna en la segunda página —anunció Tasha—. Prométeme que esta vez no lo vas a echar todo a perder.

—Prometido —afirmé.

Di mediá vuelta y salí precipitadamente al patio.

«Puedo hacerlo —me repetía—. Puedo manejar esto perfectamente».

«Esta mañana mi vida puede cambiar; todo será perfecto después de que haya cumplido el encargo», me repetía continuamente.

Sin embargo, en cuanto llegué al lavado de coches, mi vida se echó a perder irremisiblemente.



Con los ojos entornados a causa de la luminosidad de la mañana, crucé el patio corriendo. Las zapatillas resbalaban en la hierba húmeda.

Transportaba la cámara con cuidado, delante de mí entre ambas manos.

Mientras me acercaba, con una mano me protegí los ojos del sol. Reconocí el Pontiac azul que pertenecía a los padres de Wart. Los muchachos con las mangueras lo rodeaban y le estaban echando agua por todas partes.

Levanté la cámara y corrí hacia el coche.

—¡No os mováis! —les grité—. He de sacar una foto para el periódico.

El primer manguerazo de agua me sorprendió. Sentí que algo frío chocaba contra mi sudadera. Dejé escapar un grito de sobresalto.

Las dos siguientes rachas de manguera me dieron en la cara y en el pecho y yo acabé en el suelo.

—¡Eh...! —conseguí gritar—. ¡Ya basta! ¿Estáis locos?

Intenté alejarme a gatas, pero ahora eran cuatro las mangueras que me apuntaban.

—¡Oooh! —El agua estaba realmente helada.

En cuanto pude zafarme, reconocí cuatro caras burlonas sosteniendo las mangueras: Brenda, Wart, David y Jared.

¡Ellos!

Completamente mojado me di la vuelta y traté de salir del

alcance de las mangueras. Un chorro de agua fría me cayó encima como una ducha y otro más me dio en toda la espalda.

—¡Parad! Tíos. ¡Ya basta! —les grité.

En aquel instante me acordé de la cámara. Me agaché para evitar otro chorro de agua y la levanté. Estaba empapada, totalmente empapada.

—¡Nooo! —Un grito desgarrado brotó de mi pecho.

Al contemplar con horror la cámara chorreando, me sentí perdido. Por primera vez en la vida estaba completamente perdido.

Me colgué la cámara alrededor del cuello, me di la vuelta rápidamente y me lancé en busca de mis atacantes.

«¡Mi última oportunidad! —me decía a mí mismo—. ¡Mi última oportunidad en el periódico y ellos lo han estropeado todo!»

En medio de risas burlonas y aullidos, los cuatro alumnos de bachillerato intentaron reducirme con las mangueras. A pesar de ello, bajé la cabeza y seguí avanzando.

Sacudiéndome el agua de encima, salté sobre Wart. Le agarré por la cintura y le hice besar el suelo.

Por un momento cambió su risa por un quejido de miedo.

Le quité la manguera de la mano, abrí la puerta del auto de sus padres y solté un chorro de agua en su interior.

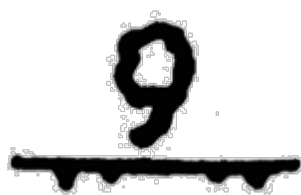
—¿Qué haces? ¡Nooo! —imploró Wart.

David me mandó otro chorro a la espalda. El agua se esparcía por el aire como un surtidor. Oí que los chicos del auto contiguo reían y vociferaban encantados.

Primero empapé los asientos traseros, luego los de delante.

Cuando vi que Brenda, David y Jared dejaban las mangueras, yo también solté la mía y salí huyendo.

Salieron en mi persecución, no podía llegar muy lejos. La hierba estaba tan húmeda y resbaladiza que corrí unos pasos y mis zapatillas no lo pudieron resistir. Me di un porrazo tremendo y me estampé la cara contra el suelo. La cámara quedó debajo de mí.



—¿Significa esto que estoy fuera del periódico? —pregunté con humildad.

Tasha miraba con expresión de ira la cámara que sostenía en las manos.

—La lente está hecha polvo —murmuró, moviendo la cabeza—. Toda la cámara está empapada y abollada —dijo con voz temblorosa—. Está... está destrozada.

—Pero no ha sido culpa mía —señalé llanamente.

Sumamente enojada, se apartó un mechón de cabello pelirrojo de la frente.

—¡Te acordarás de ésta! —vociferó—. Tendrás que pagar la cámara, Ricky; de lo contrario, mi padre te demandará.

—Pero Tasha —supliqué—, tú sabes que no ha sido culpa mía.

—¡Vete! —gritó con severidad—. No quiero verte más. Por lo visto, tú nunca tienes la culpa, ¿no es cierto?

—Verás..., de verdad no la tuve —insistí—. Si quisieras escucharme, Tasha...

—Por ti mismo ya eres una mala noticia, Ricky —manifestó, mirándome ceñuda. Observó la cámara destrozada una vez más y, luego, la tiró sobre la mesa—. No te tomas nada en serio —me acusó—, piensas que todo es perder el tiempo.

—Pero Tasha —dije, suplicando.

—¡Vete! —insistió—. Esta ha sido tu última oportunidad y no te la merecías, solamente eres un estúpido. ¿No imaginas por qué los chicos te llaman Ricky Rata? Pues, justamente por eso, porque eres

un pequeño roedor.

Ese tipo de palabras escuecen de verdad. Sentí una punzada de dolor en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

Me di la vuelta con rapidez para evitar que Tasha viera lo trastornado que estaba. Me apresuré a salir de la habitación y del instituto.

Mientras cruzaba el patio corriendo, oí a los muchachos en el lavado de coches que cantaban y reían. Primero enjabonaban los coches y a continuación los aclaraban, realmente se lo pasaban en grande.

Cuando pasé por delante de ellos, algunos empezaban a cantar: «Ricky Tonti, Ricky Tonti», mientras otros se reían.

Volví la cabeza y seguí corriendo. Sabía que el lunes Tasha habría contado a todo el mundo cómo había destrozado la cámara de su padre. La historia correría de boca en boca por todo el instituto y todos sabrían que, de nuevo, Ricky Rata había fallado.

Camino de casa, todavía con las palabras de Tasha resonando en mis oídos, me sentía más furioso a cada paso. Tenía ganas de gritar, ¡quería reventar!

Fue en ese preciso momento cuando decidí devolver la trastada a Tasha.

Fue entonces cuando decidí jugar sucio.

«Estúpido... estúpido... estúpido...», la palabra resonaba en mi mente sin descanso.

«Ricky, eres un estúpido, un pequeño roedor. Te acordarás de ésta, Ricky; mi padre te denunciará.»

«Roedor... roedor... roedor...»

No tenía ningún derecho a llamarme de aquella forma, no era jugar limpio.

Me habían ofendido y estaba furioso. Afortunadamente, llegué a mi casa y sonreí. Tenía muy claro lo que debía hacer. Sabía exactamente cómo me vengaría.

Disponía de un plan perfectamente estructurado en mi mente. No podía fallar de ningún modo.

Pues bien, aquí estoy: lunes por la noche.

Me deslicé en la habitación donde estaban trabajando Tasha y la

señorita Richards.

Con gran júbilo tecleé el mensaje en la parte superior de la portada del periódico.

Sabía que debía actuar con rapidez, pues Tasha y la señorita Richards podían regresar en cualquier momento.

Por unos instantes, escuché con toda mi atención, intentaba percibir algún ruido que me indicara que estaban cerca.

Nunca antes en la vida había estado tan nervioso; a pesar de ello, incluso esbocé una sonrisa.

«Ricky, todos piensan que eres un perdedor; sin embargo, ¡eres un genio! —me animaba—. Sólo tú podías haber tramado tan maravillosa y asquerosa venganza.»

Mirando a la puerta cada dos segundos, terminé de teclear el mensaje para los lectores del periódico del Instituto Harding:

«Llamada a todos los Bichos Raros. Llamada a todos los Bichos Raros. Si eres un verdadero Bicho Raro, llama a Tasha al teléfono 555 67 09, después de medianoche».

Lo leí otra vez y volví a sonreír. Estaba realmente eufórico; aunque, por supuesto, no podía hacer ningún ruido.

Me enderecé para iniciar mi huida y me dirigí hacia la ventana. A mitad del recorrido, oí a Tasha toser y entrar en la habitación.

Estaba perdido.

10

Me quedé helado.

«Estaba tan cerca —pensé—. ¡Tan cerca!»

La ventana se encontraba sólo a cinco pasos. ¡Sólo cinco pasos y estaría fuera de allí!

Con todo, ahora, aquellos cinco pasos me parecían cinco kilómetros.

Cerré los ojos y esperé el alarido de Tasha.

En vez de eso, lo que oí fue la voz de la señorita Richards fuera en el vestíbulo.

—Tasha, ¿quieres venir un momento?

Abrí los ojos justo para ver a Tasha desaparecer por la puerta.

¿Me habría visto? Seguro que no, de lo contrario habría aullado.

¡«Uf!»», suspiré profundamente y luego salté por la ventana. Aterricé sobre los codos y las rodillas. Me puse de pie apresuradamente y empecé a correr.

Ni siquiera me molesté en cerrar la ventana al comprender que era un riesgo elevado.

Por tercera vez en cuatro días, llegaba a mi casa corriendo. El viernes y el sábado, llegué a casa deshonorado, como un perdedor, un estúpido.

Esta noche llegaba como un vencedor, un campeón, un genio.

Entré en casa sin hacer ruido. Se oía la televisión de la salita. Papá y mamá estaban aún viendo el Canal del Tiempo.

Permanecí unos momentos atento en el vestíbulo, con la respiración contenida. «Tormentas en el noroeste del Pacífico...

peligro de desbordamientos...»

Unas semanas antes, había intentado que mis padres sintonizaran el canal de videoclips, pero a ellos no les gustaba porque nunca hablaban del tiempo.

Me sentía feliz, estaba excitado. Estuve tentado de entrar precipitadamente en la salita para contarles mi hazaña. En cualquier caso, no podía hacer tal cosa.

Por el contrario, subí en silencio hasta mi habitación y cerré la puerta.

¿A quién podía llamar? Tenía la necesidad de compartir mi pequeño secreto, pero ¿a quién podía telefonear?

A Iris.

Exacto. Iris. Ella lo disfrutaría y lo entendería.

Mi corazón palpitaba con fuerza cuando llegué junto al teléfono. Tardé unos segundos en recordar el apellido de Iris, solamente lo había oído una vez. ¿Chandler? ¿Candle? ¿Candler? Eso es: Iris Candler.

Obtuve el número a través de información y llamé. El teléfono sonó una vez, dos veces. A la tercera, Iris descolgó el auricular.

Nos saludamos. Parecía muy sorprendida al oírme.

—Adivina, ¿dónde he estado esta noche? —le pregunté.

No obstante, no pude esperar a que respondiera. Le solté toda la historia. Surgía de mi interior como un estallido, casi sin dejarme respirar.

—¿No te parece fantástico? —le pregunté, después de contarle hasta el más mínimo detalle. Me reía—. El periódico sale mañana —le indiqué—. Mañana por la noche, Tasha no podrá dormir. La llamarán todos los chicos del instituto.

Esperé a que Iris se riera, pero sólo pude oír un largo silencio al otro lado del hilo telefónico.

—¿No te parece divertido? —pregunté.

—En cierto modo sí —replicó—, pero no acaba de gustarme, Ricky. No me parece bien.

—Se trata sólo de una broma —le señalé—. ¿Qué podría salir mal?



Cuando llegué la mañana siguiente al instituto, ¿sabéis a quién me encontré nada más llegar?

Estaba claro: a Tasha.

Pasó junto a mí sin decir palabra, mientras fruncía la nariz como si estuviera oliendo a pescado podrido.

No le hice caso. Estaba pensando en la pequeña sorpresa que le esperaba en la parte superior de la portada del *Harding Herald*. Con toda seguridad, aquello haría que me estuviese riendo todo el día.

Os lo aseguro, necesitaba algo de lo que poder reírme.

Cuando doblaba la esquina para acercarme a mi taquilla, Josh y Greg, dos alumnos de mi clase, deliberadamente chocaron conmigo.

—Ricky, deja de tropezar conmigo —me dijo Josh.

Greg chocó conmigo de nuevo y después me empujó hacia Josh.

—¡Oye, no molestes! Te he dicho que no tropieces conmigo —gritó Josh.

—¡Perdeos! —murmuré, mientras me escabullía.

Se alejaron riendo y empujándose de una parte a otra del pasillo.

Unos tipos divertidos, ¿no os parece? Tan divertidos como romperse un brazo.

Abrí la taquilla y empecé a descargar libros de mi mochila.

—Oye Ricky, ¿te gustaría lavar el coche de mi padre? —me gritó un chico llamado Tony desde la otra parte del vestíbulo.

Permanecía con la cabeza metida en la taquilla, no quería mirar a ninguna parte.

Oí que los muchachos se reían del gracioso chiste de Tony.

—Oye Ricky, ¿te apetece lavar algo? —repitió Tony—. ¡Lávate la cara!

Qué gracioso.

Todo el mundo reía.

Cerré de golpe la taquilla y pasé delante de ellos sin mediar palabra. «Esto es obra de Tasha —me dije—, pero esta noche seré yo quien ría el último.»

Doblé la esquina y me dirigí a clase. Vi a Brenda y a Wart en la fuente que hay en el muro. Intenté pasar deprisa, pero no fui lo suficientemente rápido.

Brenda presionó con la mano el grifo y un chorro de agua fría me dio en el pecho.

—Toma un chorrito, ¡mequetrefe! —me gritó Wart. Por todo el vestíbulo se oyeron risotadas—. Mi padre te demandará por haberle estropeado el coche —continuó vociferando—. Le sacará a tu familia hasta la última moneda.

«Dile que lo tiene claro», murmuré para mis adentros.

—¡Ricky Rata! ¡Ricky Rata! —canturreaba alguien.

Bienvenidos a: «Un selecto día de escuela con Ricky» en el Instituto Harding.

Desgraciadamente, todos los días eran «selectos días de escuela con Ricky».

Aunque en ese momento no importaba. Sabía muy bien que acabaría siendo un triunfador.

Aquel día la broma sería para Tasha. El periódico del estudiante estaría en la calle aquella misma tarde, y Tasha estaría despierta toda la noche respondiendo al teléfono.

La dulce y placentera venganza sería mía.

Esa noche asistí a una cena con mis padres y mis primos, que vivían al otro lado de la ciudad. No volví a casa hasta pasadas las nueve y media y, además, tenía que dedicar un par de horas para terminar los deberes.

O sea que no me acosté hasta cerca de la medianoche; muy tarde, teniendo en cuenta que el día siguiente era día de escuela.

Justo cuando el sueño empezaba a vencerme, sonó el teléfono

que hay al lado de la cama.

Di un vistazo al radio-despertador, faltaban dos minutos para las doce.

«¿Quién se atreve a llamar a estas horas?», me pregunté.

12

Al buscar el teléfono a tientas le di un porrazo y lo hice saltar de la mesita de noche, lo que produjo un tremendo golpe cuando chocó con el suelo.

Salté de la cama y agarré el receptor. Me puse de rodillas y erguí la espalda para prestar atención a mis padres. ¿Habrían oído el teléfono? No me permitían recibir llamadas pasadas las diez de la noche.

Me aclaré la garganta y puse el auricular en la oreja.

—¿Sí?

—¿Ricky? Soy yo, Iris.

Volví a mirar el despertador.

—¿Iris? Es medianoche, ¿cómo llamas tan tarde? —pregunté—. ¿Estás bien?

—Mi padre ha estado colgado del teléfono prácticamente toda la noche. Ricky, ¿has visto el periódico del instituto? —me preguntó con impaciencia.

—¿Qué? No —repliqué, mientras me sentaba en el borde de la cama—. Cuando empezaron a repartir los periódicos, yo estaba en la biblioteca. Había perdido unos libros y la bibliotecaria quería saber qué había ocurrido. Al regresar a clase, ya no quedaban periódicos.

—Vaya, ¿no lo has leído? —inquirió Iris en un tono agudo.

—¡Te repito que no! No tengo ningún ejemplar. ¿Es interesante? Podrías leerme el mensaje de la parte superior, ¿de acuerdo?

—Si insistes... —contestó Iris, dudando.

—¿Es bueno? —pregunté con excitación.

—No exactamente —señaló Iris con poco entusiasmo—. Lo cierto es, Ricky, que estás metido en un buen lío.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, apretando el teléfono contra la oreja.

Iris hablaba bajito y apenas podía oír lo que decía.

—¡Iris! ¿Qué dices?

—Un buen lío —repitió.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Un lío? Pero, Iris, ¿por qué? ¿Qué quie... quieres decir con eso? —balbuceé.

—El mensaje —continuó.

Después, se calló. No se oía nada al otro lado del auricular.

—Iris, ¡no te oigo! —exclamé—. Iris, ¿estás ahí?

—Bien... yo —murmuré—. Ahora debo colgar, mi padre está furioso.

—Pero, Iris... —insistí—. ¿Qué significa que tengo problemas? ¡Debes decírmelo!

—¡Ya va, papá! —oí como decía a su padre—. Se trata sólo de una llamada breve, papá. ¡Ya sé que son las doce!

—Iris, por favor... dímelo. ¡Dímelo antes de colgar! —le supliqué.

—Lo siento, adiós —terminó.

Escuché el típico sonido de la comunicación interrumpida.

Colgué el teléfono, indignado. ¿Cuál sería el problema? ¿Por qué no me decía de qué se trataba?

Coloqué nuevamente el teléfono en su sitio, al lado del radio-despertador, y me metí en la cama. Sacudí la almohada unas cuantas veces para que quedase bien mullida y tiré de la sábana hasta la barbilla.

Cerré los ojos e intenté calmarme para poder conciliar el sueño.

El teléfono sonó de nuevo.

Me senté en la cama de golpe. Esta vez lo alcancé sin tirarlo al suelo.

—Iris, gracias por llamar otra vez —susurré.

—He leído tu mensaje en el periódico del instituto —murmuró una voz.

—¿Iris...? —pregunté, mientras tragaba saliva, puesto que sabía que no era ella.

—He visto tu mensaje —insistió mi interlocutor— y llamo siguiendo tus instrucciones.

—¿Cómo? ¿Que me llamas...? —grité.

—Exacto. Sigo tus instrucciones —repitió murmurando.

—¿Oye? ¿Quién es? —pregunté.

—Soy un Bicho Raro.

13

Colgué el teléfono de golpe y de nuevo me acosté. Aporreé la almohada y tiré de las sábanas, esta vez por encima de los hombros.

Fuera, el viento soplaba con fuerza y las sombras que proyectaba el farol de la calle, delante de casa, se reflejaban en la pared de mi habitación.

El cerebro me daba vueltas.

¿Quién podía ser?

No podría asegurarlo, pero me pareció la voz de un chico. ¿Por qué me llamaba? En el mensaje del periódico, había anotado el teléfono de Tasha.

No tuve demasiado tiempo para pensar en ello porque el teléfono volvió a sonar.

Descolgué antes de que finalizara la primera señal. Tenía los ojos clavados en la puerta de la habitación. Si mis padres se enteraban de las llamadas, aún tendría más problemas.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunté.

—Hola, soy un Bicho Raro. —Era una voz diferente. Un chico que hablaba en voz baja.

—¿Quién? —pregunté incrédulamente.

—Soy un Bicho Raro. He llamado en cuanto he recibido tus órdenes.

—¡Dadme un respiro! —grité y colgué el teléfono.

«¿Qué está pasando?», murmuré para mis adentros.

Me senté, mirando el aparato. Observándolo en la penumbra, esperando. ¿Sería posible que volviera a sonar?

—¡Ricky...! —Una voz retumbó.

Eso hizo que diera un salto terrible.

La luz del techo se encendió. Papá estaba en el umbral con su pijama azul y blanco de rayas. Se rascaba la mejilla.

—Ricky, ¿qué significan esas llamadas? —preguntó.

—¿Llamadas? —respondí encogiéndome de hombros.

Me miró fijamente con cierto recelo.

—He oído sonar el teléfono tres veces —refunfuñó.

—¡Ah! Te refieres a «esas» llamadas. —Traté de parecer lo más inocente que pude; a pesar de ello, sabía que tenía todas las de perder.

—Sabes perfectamente que no puedes recibir llamadas después de las diez —dijo mi padre en un tono áspero mientras bostezaba—. Es más de medianoche. ¿Quién te llama a estas horas?

—Es una especie de juego —le conté—. Ya sabes, los chicos del instituto.

—No me parece nada divertido —señaló, apartándose un mechón de pelo rojizo de la frente.

—Ya lo sé, pero no es culpa mía —le repliqué, agachando la cabeza.

Levantó la mano para indicarme que me callara.

—Di a tus amigos que por hoy es suficiente —indicó—. Te lo advierto: si siguen llamando a estas horas, no tendré más remedio que dejarte sin teléfono.

—Se lo diré, te lo prometo.

«Les diría que parasen —pensé— si supiera quiénes son.»

Papá bostezó de nuevo. Era el bostezo más ruidoso del mundo, más bien parecía un rugido.

Cuando cerró la boca, apagó la luz y se dirigió a su cuarto.

Nada más salir, el teléfono sonó de nuevo.

—Por favor... —empecé.

—Soy un Bicho Raro —susurró una voz, en esta ocasión de chica—. He leído tu mensaje y estoy preparada. Lista para sembrar, lista para gobernar. ¿Cuándo se celebrará la reunión de Bichos Raros?

—¿Qué? ¿Reunión?

No esperé ninguna respuesta y colgué el auricular.

Miraba el teléfono y me sentía totalmente confundido.

«¿Por qué todas estas llamadas? —me preguntaba—. ¿Se trata de algún error? Y ¿por qué son todas tan extrañas?: “¿Preparada para gobernar?”»

¿Qué estaba pasando?

El teléfono volvió a sonar...

14

A la mañana siguiente, literalmente me arrastré hasta el instituto. El teléfono no había dejado de sonar hasta las dos de la madrugada, y eso cuando lo desconecté. Pasé el resto de la noche inquieto, dando vueltas al asunto de las llamadas misteriosas.

No me pude dormir hasta las siete, justo en el instante en que el despertador me anunció que debía levantarme.

Durante el desayuno, estuve a punto de meter la cabeza en los cereales. Únicamente quería volver a la cama, pero mis padres no tuvieron la menor compasión.

Estaban furiosos, ya que por culpa del teléfono no habían podido pegar ojo en toda la noche.

—Tienes que decir a esos chicos que no vuelvan a llamarte —me advirtió mi madre—; de lo contrario, iré al instituto y se lo diré yo misma.

—¡No, por favor! —supliqué—. Se lo diré. Se lo diré esta misma mañana. No volverán a llamar. ¡Te lo prometo!

¿Se os ocurre algo más embarazoso que vuestra madre yendo al instituto, entrando en la clase y poniéndose a reñir a todo el mundo?

Ya tengo suficiente con que se burlen de mí cada día y me llamen «Ricky Tonti». ¿Imagináis qué me llamarían si mi madre fuese al instituto y empezase a gritarles?

¡Uau!

Sólo de pensarlo, me entran escalofríos.

Necesité todas mis fuerzas para arrastrar el cuerpo hasta el

instituto y, con la moral por los suelos, atravesar el abarrotado vestíbulo hasta la taquilla.

—¡Por fin has llegado! —exclamó Iris.

La vi esperándome en la pared de enfrente de las taquillas. Iba vestida con una camisa de cuadros por encima de unos pantalones de pana azules. Los largos pendientes de plástico tintineaban suavemente.

Había permanecido apoyada en la pared de azulejos, sin embargo ahora avanzaba a través de un grupo de chicas hacia mí.

—Mira, Ricky. Échale un vistazo.

Me pasó el último número del *Harding Herald*.

Lo agarré con nerviosismo, mientras ponía la vista en la parte superior de la portada.

Exacto. Allí estaba mi mensaje, escrito en letra pequeña, excepto que había variado un poco.

Moví los labios y leí para mí mismo:

«Llamada a todos los Bichos Raros. Llamada a todos los Bichos Raros. Si eres un verdadero Bicho Raro, llama a Ricky después de medianoche.»

A continuación estaba mi número de teléfono.

El mío y no el de Tasha.

Mi nombre y mi número.

Dejé escapar un leve quejido y, como pude, le devolví el periódico a Iris.

Movió la cabeza e hizo un chasquido con la boca.

—Chico, tienes mala cara. ¿Has dormido algo esta noche? —preguntó.

—No —dije, con un murmullo.

Agarré otra vez el periódico y lo volví a leer.

—¿Cómo ha ocurrido? —grité. La sonrisa burlona de Tasha se clavó en mi mente—. ¡Tasha! —dije chillando.

Salí corriendo, atravesando grupos de alumnos y chocando con sus mochilas.

Crucé el largo y curvilíneo vestíbulo en dirección a las aulas de bachillerato e irrumpí en la clase de Tasha, justo en el instante en que sonaba el primer timbre de aviso.

Rastreé la habitación frenéticamente. La localicé en la parte

delantera de la clase ofreciendo un cuaderno a otra chica.

—¡Tasha! —grité, mientras corría hacia ella. Le restregué el periódico por la cara—. Yo... yo... yo —balbuceé, casi sin aliento.

Se apartó los rizos pelirrojos de la frente y se puso a reír.

—Me di cuenta de tu pequeña travesura en el último momento —dijo—. ¿Recibiste llamadas la noche pasada, Ricky?

—Algunas —admití con enfado.

La clase entera estalló en risas, incluida la profesora.

Toda la mañana tuve la sensación de que todos me observaban, que se reían de mí.

Podían ser imaginaciones mías o tal vez no.

No podía quitarme de la cabeza las llamadas que había recibido la noche anterior. Tenía claro que todas procedían de chicos y chicas del instituto. No obstante, ¿por qué decían cosas tan extrañas?

«He leído tus instrucciones... Estoy preparada para sembrar. Preparada para gobernar. ¿Para cuándo el encuentro de los Bichos Raros?»

A la hora del almuerzo, me instalé con la bandeja en una esquina del comedor. No me sentía con ánimo para comer con los demás. No tenía ganas de oír más disparates, de escuchar las risas de mis compañeros.

Debía pasar junto a la mesa donde mis cuatro enemigos solían sentarse.

En ese momento, Wart y David mantenían una guerra con los envases de leche. Brenda reía estrepitosamente, mientras el batido de chocolate le resbalaba nariz abajo.

Me vieron y me di cuenta de que iba a ser objeto de un baño de leche; era demasiado tarde para evitarlo.

Ante mi sorpresa, pasé por delante de la mesa sin recibir ninguna salpicadura ni golpe alguno por parte de nadie. Wart no soltó ninguna de sus bromas estúpidas. David y Jared no intentaron ponerme la zancadilla.

«¿Qué está ocurriendo?», me pregunté en cuanto alcancé la esquina más alejada de la sala. Sabía que me habían visto.

¿Por qué no se habían puesto a cantar «Ricky Tonti» y a

apuntarme con los cartones de bebida, como hacían siempre? Habían permitido que pasara como si no me conocieran.

Deslicé la bandeja en la mesa. Nadie se sentaba nunca en ese sitio porque estaba junto a la caldera de la calefacción y, mientras comías, ráfagas de aire caliente barrían la mesa.

Había elegido un bocadillo de algún tipo de carne y un tazón de sopa de tomate. Recliné la silla en la pared posterior y empecé a comer mientras observaba a los demás.

Esperaba. Esperaba a que alguien se acercara y empezara a decir tonterías acerca de si mi sopa de tomate parecía más bien sangre coagulada, o que se metieran con las llamadas que había recibido después de medianoche.

Esperaba que cantaran aquello de «Ricky Tonti», o que Wart o algún otro me lanzaran comida desde las mesas.

Pero no. Nadie parecía darse cuenta de mi existencia. Me apoyé en la pared y comí tranquilamente.

Terminé la sopa y la mitad del bocadillo. Había pillado también un cuenco de budín de chocolate para postre, pero era demasiado espeso para intentar meterle la cuchara.

Recogí la bandeja y me dispuse a salir. En ese mismo instante, alguien lanzó una bola de papel con algo dentro, que me dio en la frente.

—¡Hey! —exclamé con enojo. Sin embargo, en mi interior, me sentía feliz. En realidad, no me había sentido muy normal después de toda la comida sin que nadie se metiera conmigo.

Me froté la frente y lancé una mirada al papel, justo para darme cuenta de que tenía algo escrito. Era una nota. Alguien me había escrito un mensaje.

Desdoblé el papel y me puse a leer las palabras apenas reconocibles que había escritas:

«¿Cuándo se celebrará la reunión de Bichos Raros?»

15

Lancé una mirada alrededor de la sala intentando averiguar quién me había lanzado el papel. No obstante, nadie parecía tener interés en mí. Wart y sus tres amigos se estaban levantando de las sillas para llevar las bandejas hasta la zona de recogida. Me preguntaba si habría sido alguno de ellos.

Volví a leer la nota, la doblé y me la metí en el bolsillo de los pantalones. Después llevé la bandeja a su sitio y salí del comedor a toda prisa.

Me tropecé con Iris en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Más Bichos Raros —le contesté con un suspiro, encogiéndome de hombros—. Parece como si me siguieran, como si les hubiera invitado.

—Te dije que tenía un mal presentimiento sobre tu gamberrada —replicó Iris—. Era imposible que Tasha te dejara salir con la tuya.

—No le demos más vueltas —murmuré con desazón—. Si los muchachos insisten en llamarme, mis padres no tendrán compasión; seguro que me quitan el aparato.

—Tal vez deberías desconectarlo antes de acostarte —sugirió Iris.

Astuta. Me di cuenta de que Iris es muy astuta. Seguramente yo no habría caído en ello.

La acompañé al piso superior. Se podía oír el retumbar de las puertas de las taquillas. Todo el mundo sacaba las chaquetas, los libros y los cuadernos, y los metía en las mochilas. Era casi la hora

de salida.

Iris se detuvo delante de su taquilla y se dio la vuelta hacia mí. De pronto, unos circulitos rosados aparecieron en sus mejillas.

—¿Me harías un favor? —me preguntó.

—Naturalmente —le dije.

¿Estaba ruborizada? ¿Qué me iba a preguntar?

—Es realmente duro ser nueva aquí —empezó—. Pensaba que podría intentar hacer algo especial para la venta de pasteles del sábado, en el instituto. Ya sabes, que se notara mi espíritu de colaboración: ¡Alabí, alabá!

Y alzó las manos como una auténtica animadora.

Me reí y esperé a que continuara.

—Pues... bien —dudó—. ¿Me acompañarías mañana, al salir de clase, para ayudarme a comprar todo lo necesario? Harina, azúcar y todo eso. Podríamos ir a...

—¡Con mucho gusto! —la interrumpí.

Estaba tan emocionado que estuve a punto de proclamar: «¡Nunca antes una chica me había invitado a salir!»

Sin embargo, tuve la suficiente serenidad como para no decirlo.

—Nos veremos detrás del patio, mañana, al salir del instituto —le propuse—. Podemos comprar todo lo que necesites y luego te ayudo a llevarlo hasta tu casa.

Soy un «hombre fuerte», ¿verdad?

Me dio las gracias, y me fui corriendo hasta mi taquilla. De hecho, me sentía exaltado, como si flotara. Estaba convencido de que le gustaba. Gustaba a una chica de mi escuela.

Con toda probabilidad pensaréis que no es nada del otro mundo, pero para mí sí que lo era.

Hizo que mi humor cambiara totalmente. Consiguió que me olvidara por completo de todos los problemas que había tenido. Incluso me olvidé de quién era yo.

«¡Qué día tan maravilloso! —me dije—. ¡Qué día tan impresionante!»

Mi felicidad duró hasta el momento de abrir la taquilla.

16

Tarareando en voz baja, abrí con rapidez la puerta de la taquilla. Me puse en cuclillas y empecé a sacar algunos cuadernos de la parte inferior cuando, de pronto, un reflejo rojo atrajo mi atención.

Un espeso líquido rojo manaba por la parte interior de la puerta de la taquilla.

Me asusté porque en un principio pensé que se trataba de sangre.

Rápidamente me di cuenta de que aquello era pintura de un color rojo brillante.

Me incorporé y leí el emborronado mensaje que alguien había pintado en la puerta.

«¿CUÁNDO SE CELEBRARÁ EL ENCUENTRO DE LOS BICHOS RAROS?»

—¡Cielos! —grité.

Toqué con un dedo la pintura y quedó completamente embadurnado de rojo. Era pintura fresca, las palabras chorreaban aún por la puerta de la taquilla. Lo habían pintado hacía sólo unos momentos.

Pero ¿quién? Y ¿por qué? ¿Se suponía que era una broma? ¿Dónde estaba la gracia?

Para mí, era un completo misterio.

El rojo intenso de aquellas palabras me irritó. Agarré la mochila y, de un topetazo, cerré la puerta.

No tenía tiempo para entretenerme con aquello, tenía que ir a clase.

Esa noche, las llamadas empezaron pronto.

Terminé los deberes sobre las ocho y media y me instalé en la salita de la televisión para ver un partido de baloncesto con mi padre. El teléfono sonó y mi padre contestó el inalámbrico de la mesita que estaba junto a él.

Murmuró unas palabras y, a continuación, me lo pasó: «Es para ti, Ricky.»

Salí al vestíbulo con el teléfono para que no me molestase el sonido de la tele.

—¿Hola?

—Soy un Bicho Raro —anunció en un susurro—. ¿Cuándo será el encuentro de los Bichos Raros?

No dije ni una sola palabra más. Desconecté el teléfono y volví a la salita.

Intentaba concentrarme en el partido de baloncesto, pero el teléfono seguía sonando. Una y otra vez susurrando:

«Soy un Bicho Raro. He visto tu mensaje.»

«¿Estamos preparados para plantar las semillas?»

«Soy un Bicho Raro. ¿Cuándo nos veremos?»

«No tiene ninguna gracia —pensé—. Es demasiado raro para ser divertido.»

17

Al día siguiente, en cuanto acabaron las clases, salí corriendo hacia la taquilla. Embutí en la mochila los libros que necesitaba para hacer los deberes, me puse el anorak azul y corrí al patio a esperar a Iris.

¿Estaba flotando?

Podéis apostar a que así era. Estaba impaciente por acompañar a Iris a comprar los ingredientes para los pastelitos. La ayudaría a llevarlos hasta su casa. Además, probablemente me preguntaría si querría ayudarla a cocinarlos para el día de la venta.

Trabajaríamos juntos. Nunca hasta entonces una chica había querido trabajar conmigo. Cuando Brittany Hooper se puso enferma, yo iba a ser su compañero en el laboratorio durante la disección de la rana, pero estuvo en cama durante dos semanas.

Tuve que diseccionar la rana yo solo y, por supuesto, me produjo un verdadero asco.

¿Darían premios en la venta de pasteles?

Seguro que no porque, en caso contrario, estaba convencido de que Iris y yo ganaríamos uno. Todo el mundo se daría cuenta de que no era un perdedor.

En esto pensaba mientras me dirigía a la parte de detrás del patio. Tenía grandes planes, planes descomunales.

Sin embargo, mis sueños no se hicieron realidad. No tuve la menor oportunidad, porque Iris no apareció.

Regresaba al edificio a buscarla cuando Wart, David, Jared y Brenda me sujetaron por la espalda.

—¡Quietos! ¡Dejadme ir! —grité, mientras intentaba soltarme.

No obstante, me rodearon y me derribaron sobre el suelo del patio.

—¡Soltadme! ¿Qué estáis haciendo? ¡Dejadme tranquilo! —vociferé, retorciéndome y pegando patadas. Sin embargo no era lo suficientemente fuerte para soltarme.

Me arrastraron por el patio hasta una arboleda. Restregaba las zapatillas y resbalaba sobre la alfombra de hojas húmedas y muertas.

Me metieron entre los árboles desnudos. El cuerpo me temblaba a causa de la suave brisa de la tarde. Una ardilla raquítica saltó delante de nosotros, al frío suelo, en busca de comida.

—¿Qué vais a hacer? —grité—. ¡Soltadme! ¡Os lo exijo!

No me hicieron caso y me arrastraron tras unos altos matorrales cubiertos de nieve.

—Por aquí —indicó David.

Nos guió hasta detrás de una hilera de altos arbustos de hoja perenne. Masas grises de nieve estaban adheridas a las ramas.

En ese lugar, estábamos completamente fuera de la vista de la calle. Pegué un fuerte tirón y quedé libre.

De hecho, pienso que ellos lo permitieron.

Di la vuelta con rapidez, buscando con ahínco la mejor vía de escape. No sería fácil porque estábamos rodeados por aquellos arbustos.

Wart y sus compinches permanecían tensos a mi alrededor. Me miraban como si esperaran que dijese algo.

—¿Por qué me habéis traído hasta aquí? —pregunté, intentando aparentar tranquilidad, pero con la voz entrecortada—. ¿Qué pretendéis hacer conmigo?

Sus caras permanecían inexpresivas, serias e implacables. Ni siquiera se rieron cuando la voz me sonó como un telegrama.

Finalmente, Wart rompió el tenso silencio.

—No queremos hacerte daño, Jefe —dijo.

No podía dar crédito a lo que había oído.

—¿Qué has dicho? —repliqué.

—Somos los Bichos Raros —continuó Wart.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Así que vosotros sois los que me habéis estado llamando y mandando mensajes?

Los cuatro asintieron solemnemente.

—Sí, Jefe —señaló Brenda, al tiempo que se sacudía unos copos de nieve que habían caído desde los árboles sobre su larga cabellera negra.

—Tenía que suponer que estabais detrás de todo esto —murmuré entre dientes.

—Sí. Debiste sospecharlo —repitió Jared.

—Te llamamos en cuanto recibimos tu mensaje, Jefe —corroboró David.

—¿Qué significa esa tontería de «Jefe»? —pregunté con brusquedad—. ¿Por qué me llamáis así?

—No podíamos suponer que tu fueras el Jefe —añadió Wart—. Si hubiésemos sabido quién eras, nunca te habríamos importunado, ni te habríamos gastado esas bromas de mal gusto.

—¡Por favor! Jefe, acepta nuestras disculpas —agregó Brenda—. Lo sentimos mucho.

—Deberías habernos puesto al corriente mucho antes —dijo David.

—Es cierto. Ahora debemos actuar con rapidez —añadió Wart.

—¿De qué estáis hablando? —grité— ¿Dónde está el problema?

¿Estaban intentando volverme loco? ¿De qué se trataba este nuevo juego?

—Tengo una cita —les comuniqué con impaciencia—. No tengo tiempo para adivinanzas.

Algunos chicos del instituto se dedicaban a imaginar juegos fantásticos. Ocupaban horas y horas en encarnar personajes de diferentes mundos de fantasía. Ya sabéis, dragones, duendes y demás. No obstante, nunca había visto ni a Wart ni a sus compañeros practicar esos juegos.

¿Qué diablos pensaban que estaban haciendo?

Sabía que todo era una broma estúpida. Tenía que serlo. Sin embargo, ¿por qué no se reían? ¿Por qué tanto misterio?

—Ya no tienes por qué fingir más —indicó Brenda, fijando sus redondos ojos negros sobre mí—. Ahora que sabemos que eres el Jefe, debemos actuar con rapidez.

—Nosotros los Bichos Raros, tenemos poco tiempo —señaló Wart, también con los ojos fijos en mí.

—Es urgente —añadió David—. Por eso te hemos llamado, para reunimos lo antes posible.

Observé la ardilla husmeando por la parte opuesta de los arbustos. Me preguntaba si podría llegar hasta allí, si podría escapar.

—Jefe, no entendemos la razón de tu demora —dijo Brenda.

—Chicos, esto no resulta divertido —empecé a decir.

Asintieron con solemnidad.

—Lo sabemos —dijo Jared sumisamente—. Disponemos de muy poco tiempo para concluir nuestra misión.

¿Misión? ¿Se habían vuelto locos?

¿Cuánto tiempo les había llevado imaginar esa adivinanza? ¿Realmente creían que me lo tomaría en serio?

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—Las Semillas de la Identidad se habrán podrido en una semana —señaló Brenda.

—Tenemos muy poco tiempo para la siembra —añadió David con impaciencia—. Muy poco para convertir a cada uno de los alumnos del instituto en Bichos Raros.

—¿Semillas? ¿Plantar semillas? —Me reí en sus caras. ¿Qué otra cosa podía hacer?—. ¿Me estoy volviendo loco o sois vosotros? —pregunté.

—Si no plantamos a tiempo las semillas... —empezó Wart, apagándosele la voz antes de que pudiera finalizar la frase.

Brenda prosiguió donde Wart lo había dejado:

—Si no las sembramos —continuó, mirándome fijamente—, nuestra misión habrá fracasado.

Wart me colocó una mano sobre el hombro y me miró con solemnidad.

—Naturalmente, Jefe, ya sabes qué te ocurrirá si nuestra misión no se cumple —declaró con una inflexión de voz.

Un silencio sepulcral cayó sobre la arboleda. Una ráfaga de viento levantó la nieve depositada sobre los arbustos. De pronto, sentí frío.

Brenda metió la mano en su mochila. Sacó una bolsa pequeña de

plástico y me la acercó.

—He traído las Semillas de la Identidad conmigo, Jefe — anunció.

Comprobé las semillas de la bolsa. Parecían más bien pastillas de chocolate.

—Como ya sabes, Jefe, cada estudiante debe comerse una semilla —señaló Wart—. Una sola es suficiente para convertir a un humano en un Bicho Raro.

—¡Los Bichos Raros deben gobernar! —proclamó Jared con firmeza.

—¡Los humanos son el pasado! —gritó Brenda, levantando en alto la bolsa de semillas—. ¡Los Bichos Raros son el futuro!

Los cuatro estaban como locos y, mientras gritaban, empezaron a transformarse... en ¡MONSTRUOS!

18

—¡Bichos Raros al poder! ¡Bichos Raros al poder! —cantaban.

Miré con horror aquel espectáculo, con las cabezas dando vueltas y los cuerpos en plena transfiguración.

De las cabezas, las manos y los brazos les emergieron unas protuberancias del tamaño de monedas grandes.

La piel se les oscureció y, en cuestión de segundos, adquirió una tonalidad púrpura brillante. Las grandes protuberancias moradas no dejaban de temblarles sobre la piel.

Las caras se les estiraron, y el cabello les desapareció dentro de los cráneos de color púrpura. Los ojos se les hundieron en las alargadas cabezas de ese mismo color.

Largas y viscosas lenguas chasqueaban entre las hileras de dientes afilados. Las lenguas se mostraban llenas de pequeños bultos que brillaban mientras las movían sin descanso.

Me los quedé mirando, incapaz de mover un dedo, sin ánimo para echar a correr. No podía dejar de observar a esas cuatro criaturas, esos reptiles llenos de bultos.

Bichos Raros.

Gruñían y resoplaban con los ojos fuera de las órbitas. Los largos hocicos rezumaban y las mandíbulas de reptil chasqueaban cuando se abrían y cerraban.

—¡NOOO! —Lancé un grito cuando vi que Wart se abalanzaba sobre mí.

Pensé que iba a atacarme, pero pasó por delante de mí y agarró una famélica ardilla con sus manos moradas. Al momento, abrió las

mandíbulas y se la tragó sin masticar. La magnífica cola fue lo último.

Con la abultada lengua se lamía los labios húmedos.

—Lo siento, no había suficiente para todos —dijo a los demás, enseñando los dientes en una sonrisa burlona.

—¿Qué sabor tenía? —siseó Brenda.

—Estaba un poco sosa —replicó Wart.

—A mí no me gustan con piel —se entrometió Jared.

Por algún motivo aquello les hizo gracia. Soltaban unos horrorosos espasmos de risa como si fueran a ahogarse.

Los cuatro chasquearon las largas y abultadas lenguas que empezaron a chocar entre sí, como lo harían con las manos.

Respiré profundamente, las piernas no me sostenían. Pensé que perdía el sentido.

—Debo... marcharme... ahora —balbuceé.

Con sus dedos morados, Brenda puso la bolsa de semillas delante de mis narices.

—Sólo nos queda una semana, Jefe —dijo—. ¿Cómo lo haremos para que los estudiantes las traguen? ¡Hemos tenido que esperar mucho tiempo a que aparecieras! ¿Tienes algún plan?

—Ya lo creo. Mi plan es huir de aquí... ¡ahora! —repliqué.

Me di la vuelta para salir corriendo, pero me tenían rodeado. Con los ojos humedecidos me estudiaban y los pechos les jadeaban ruidosamente, mientras las protuberancias de la piel seguían temblando.

Wart hizo una leve reverencia, como si fuera un sirviente.

—Si ahora te vas, Jefe, ¿cuándo se reunirán de nuevo los Bichos Raros? —preguntó con humildad.

—Cierto. Debemos vernos pronto. Tenemos que trazar un plan —añadió David con solemnidad.

—Antes de que termine la semana, todos los estudiantes del Instituto Harding deben haber comido una Semilla de la Identidad —declaró Brenda.

Los otros asintieron.

—Los Bichos Raros gobernarán —dijo Wart, sin alzar la voz—. Todos los estudiantes humanos se convertirán en ¡Bichos Raros!

Sacudieron otra vez las lenguas y los cuatro las chocaron como

si fueran las manos.

«Tengo que escapar, ¡ahora! —me dije—. Debo informar de lo que he visto. He de contarlo a alguien del instituto y avisar de lo que están planeando, pero ¿cómo?»

19

Decidí seguirles la corriente, buscar evasivas y actuar con la misma ceremonia que ellos.

Me di cuenta de que si les daba a entender que no era su Jefe, me harían algo terrible.

Imaginé la cola de la ardilla deslizándose por el cuello de Wart y me vinieron náuseas.

«¿Cómo podría escapar?», me preguntaba.

En el momento en que me fuera posible salir de allí, informaría de todo aquello a alguien que quisiera escucharme.

—Brenda, déjame ver esas semillas —dije, intentando que pareciera una orden.

La voz había sonado fuerte y firme; sin embargo, la mano me temblaba cuando la alargué para agarrar la bolsa.

Tomé la bolsa y con cuidado me dispuse a desatar el cordón que la mantenía cerrada. A continuación, me la acerqué a la cara, estudié las semillas durante un buen rato e inspiré profundamente por la nariz.

No, definitivamente no se trataba de pastillas de chocolate.

Las semillas tenían un leve olor a rancio, no demasiado pronunciado, pero no eran dulces ni tampoco de chocolate.

—Una para cada uno —murmuré, mientras las miraba detenidamente—. Una semilla por alumno.

Los cuatro Bichos Raros asintieron con sus cabezas de color púrpura.

—Al menos una —confirmó Brenda—. Es lo mínimo para

convertirse en Bicho Raro.

Dicho esto, cerró con un chasquido los largos dientes afilados.

Decidí que eso no pasaría nunca. Ni hablar. No iba a permitir que ocurriera un hecho semejante. Iría a pedir ayuda y se lo impediría.

Sin embargo, antes que nada, tenía que escapar de la arboleda.

—De acuerdo socios, nos veremos enseguida —les anuncié, mientras devolvía la bolsa a Brenda—. Debemos pensar el mejor plan, después nos llamamos, acordamos el momento adecuado y nos reunimos de nuevo.

Les di la espalda y caminé dos pasos en dirección a la calle. No logré llegar más lejos.

La larga lengua de Wart, llena de bultitos, se me enroscó en el cuello, tiró de mí e hizo que volviera al sitio de antes.

—Jefe, yo tengo un buen plan —declaró.

—Fantástico —dije, con la intención de parecer más convincente, aunque todavía podía sentir la húmeda y abultada lengua en el cuello—. Nos veremos pronto y hablaremos de tu plan.

—No... ¡ahora! —insistió Wart—. Jefe, tenemos que hablar ahora, mi plan debe iniciarse mañana por la mañana.

—¿Cómo? ¿Mañana? —dije con cierta desesperación—. Me parece que tendríamos que esperar un día más porque...

Me miraban con recelo, mientras abrían y cerraban sin parar aquellas mandíbulas siniestras.

—¿Cuál es tu plan? —dije, dirigiéndome a Wart.

Respiró profundamente profiriendo un largo silbido y empezó:

—Mañana por la mañana, aparecemos por el instituto a primera hora. Las cocineras llegan siempre muy temprano, y lo primero que hacen es preparar la comida.

—Claro, ahora me explico por qué el budín de chocolate tiene el tiempo suficiente para endurecerse —bromeé.

Nadie rió.

—He estudiado la cocina con detenimiento —continuó Wart—. Una vez que han terminado de preparar la comida, se toman un descanso de unos diez minutos. En ese momento nos toca actuar. Si entramos furtivamente durante este tiempo, podríamos plantar las semillas en la comida.

—Todo el mundo come en el instituto, es una de las normas —puntualizó David—. De esta forma, a cada estudiante le tocaría, al menos, una semilla.

—Y al llegar la noche, ya no serían humanos. Serían Bichos Raros como nosotros —añadió Jared.

—¿Qué opinas de mi plan? ¿Puede funcionar? —me preguntó Wart.

Los cuatro me estaban mirando, en espera de mi respuesta.

—El plan parece bastante bueno —dije finalmente, mientras me frotaba el mentón para dar la sensación de que estaba profundamente interesado—. Hablaré con vosotros cuatro mañana y entonces conoceréis mi decisión.

Mostraban abatidas y desilusionadas aquellas largas caras de lagarto.

—¿Mañana? —exclamó Wart, muy poco satisfecho—. Pero Jefe, podríamos decidir ya hacerlo mañana por la mañana, plantamos las semillas y, para mañana por la noche...

Levanté la mano para interrumpirle.

—¡Mañana lo decidiré! —dije con firmeza.

Todavía estaban refunfuñando, cuando me di la vuelta y salí de allí. Esperaba que alguno de ellos me atrapara y me hiciera volver, pero esta vez dejaron que me fuera.

Encontré una brecha en los arbustos de hoja perenne y salí de allí zumbando hacia mi casa, corriendo por entre los desnudos y trémulos árboles, a través de las calles y dejando detrás los edificios.

«¿Qué voy a hacer? —me preguntaba mientras corría—. No puedo permitirles que conviertan a todo el mundo en Bichos Raros. No dejaré que echen las Semillas de la Identidad en la comida.»

Sin embargo, ¿cómo podía evitarlo?

Si les decía que no lo hicieran, iban a sospechar que no era su Jefe y que se habían equivocado.

Y entonces, ¿qué? ¿Qué harían conmigo si descubrían que no era un Bicho Raro? ¿Se me tragarían tal como hizo Wart con aquella pobre ardilla?

El flato hizo su aparición, a pesar de ello seguí corriendo. Me figuraba a todos los del instituto convertidos en lagartos de color

púrpura, llenos de protuberancias. Los imaginaba entre los árboles, cazando ardillas y engulléndolas enteras.

Veía a todo el mundo caminando con la cabeza gacha y dando palmadas con las lenguas.

¡Qué asco!

«¿Qué podría hacer?», me pregunté de nuevo.

Era la única persona que conocía la existencia de los Bichos Raros y el único que podía detenerlos. Tenía que actuar con rapidez.

20

—Pásame el puré de patatas —dijo mi padre, mientras mordía el pollo—, y los bizcochos, por favor.

Le alcancé la comida y tomé un trozo de pollo de la bandeja. Mis padres trabajaban mucho y apenas tenían tiempo para cocinar. Por eso, de camino a casa, compraban algo preparado para cenar. Aquel día tocaba pollo frito, que venía en una bandeja con una serie de recipientes adosados.

Siempre llegan con hambre y no hay manera de poder hablar con ellos hasta que no han terminado de comer. Ni siquiera pueden oírte, debido al ruido que hacen cuando mastican.

Yo, por mi parte, estaba desgano. Tenía un nudo en el estómago. Miraba el pollo y veía a la ardilla. Esperé hasta que terminamos de comer; en ese momento, respiré profundamente y empecé el relato.

—Tengo que contaros una cosa —dije, sin levantar demasiado la voz.

Los dos alzaron la vista que, hasta aquel momento, tenían puesta en los platos. Mi padre tenía un poco de puré de patatas en la mejilla y mamá extendió la mano y se lo limpió.

—¿Otra vez tienes problemas en el instituto, Ricky? —me preguntó ella con un tono severo—. ¿Se están metiendo otra vez contigo?

—No, no es eso —me apresuré a replicar—. He de contaros algo. Quiero decir que necesito que me ayudéis. Sabéis... esos cuatro chicos...

—Toma aire —dijo papá— y empieza por el principio.
—Tranquilo —añadió mamá—. ¿Qué es eso tan terrible?
—Por favor, dejad que os lo cuente —grité.

Ambos se recostaron en las sillas y dejaron los tenedores sobre la mesa.

—Esos cuatro chicos —empecé de nuevo—, en realidad no son tales. Creía que eran alumnos de bachillerato, pero resulta que no. Son Bichos Raros. No son chicos en absoluto. Además son nuevos en el instituto. Antes de este curso, no los había visto. Sin embargo, pensaba...

Mis padres se miraron. Mi padre abrió la boca para decir algo, pero cambió de parecer.

—Están aquí con una misión —proseguí—. Quieren convertir a todos los alumnos en Bichos Raros. Tienen Semillas de la Identidad, una bolsa muy grande. Pretenden que todos los estudiantes las coman.

Me quedé sin aliento, no me acordaba ni de respirar. Tomé aire de nuevo y continué el relato.

—Creen que yo también soy un Bicho Raro. Están convencidos de que soy su Jefe, debido al mensaje que escribí en la portada del periódico del instituto. Pretenden que les ayude a convertir a los demás en Bichos Raros, unos monstruos terribles.

Respiré hondo de nuevo. Estaba hecho un flan, sumamente nervioso y tenía la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho.

Me apoyé en la mesa y los miré, primero a mi padre y después a mi madre.

—¡Tenemos que detenerlos! —grité—. Ayudadme, no podemos permitir que los conviertan a todos en Bichos Raros. Sin embargo, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo podemos convencer a la gente de que no son humanos? ¿Cómo los detendremos? Tenéis que ayudarme. ¡Por favor!

Suspiré hondamente y me dejé caer contra el respaldo de la silla. Me debatía para frenar mi desbocado corazón.

Mis padres se miraron de nuevo. Podía leer la turbación en sus caras.

Mi padre fue el primero en hablar.

—Ricky —dijo con comedimiento—, tu madre y yo también
somos Bichos Raros.

21

Me quedé con la boca abierta y por poco me caigo de la silla.

Papá y mamá se reventaban de la risa.

—No, en realidad somos marcianos —soltó mi padre.

—Qué dices. No somos marcianos —argumentó mamá—, sino ¡hombres lobo!

Y mientras decía esto, agarró un hueso de pollo y simuló darle un mordisco como si fuera un lobo.

—¡Somos hombres lobo de Marte! —gritó papá, al tiempo que lanzaba la cabeza hacia atrás y aullaba como un lobo.

Y los dos continuaron riéndose estrepitosamente. A lo mejor pensaban que aquello era una fiesta.

—¡Tendríais que tomarme en serio! —les advertí.

De alguna manera, aquello les produjo todavía más risa. Mi padre, de tanto reírse, tenía lágrimas en los ojos que se secó con la servilleta.

—Ricky, algunas veces tienes unas salidas... —dijo papá, mientras alargaba el brazo y me daba una palmadita en la espalda.

—¡Qué imaginación! —comentó mamá, moviendo la cabeza—. Tendrías que escribir esta historia, Ricky. A lo mejor ganas un premio.

—Pero ¡no se trata de ningún cuento! —grité, poniéndome en pie y arrojando con furia la servilleta en el plato—. ¿Por qué no me creéis?

—¡Oh! Te creemos..., Jefe —exclamó papá—. Jefe de los Bichos Raros.

Dicho esto, estallaron otra vez en risas frenéticas.

Proferí un grito furioso, me di la vuelta y salí del comedor golpeando con los pies. Todavía pude escucharles reír, mientras subía rabioso la escalera hasta mi cuarto.

Con un golpe seco, cerré la puerta detrás de mí y lancé los puños al aire.

Era preciso encontrar ayuda, tenía que haber alguien que creyera en mí.

Me dejé caer sobre la cama y permanecí allí sentado, durante largo tiempo, contemplando la oscuridad de la noche a través de la ventana. Esperé a que el corazón recuperara el pulso normal y a que mis ideas se serenasen.

Sin embargo, me era del todo imposible, mi cuerpo entero se estremecía y el cerebro parecía una peonza.

Agarré el teléfono de la mesita de noche y marqué el número de Iris. Tenía la esperanza de que ella me escuchara, pues sabía que yo era incapaz de inventarme una historia tan escabrosa.

El teléfono sonó tres veces, cuatro, cinco. ¿No había nadie en casa?

—¡Vamos, Iris! —supliqué en el auricular—. ¡Contesta!

Dejé que sonara unas doce veces antes de colgar. Después, con un golpe seco, lo dejé de nuevo sobre la mesita de noche.

Al cabo de unos momentos, me calmé un poco. Me senté al escritorio e intenté hacer los deberes.

Con todo el trajín, me resultaba imposible concentrarme.

«Por lo menos el teléfono dejará de sonar y sonar esta noche —me decía—. Los Bichos Raros no me llamarán hoy.»

Estaban esperando mi respuesta, querrían saber si estaba de acuerdo con el plan de Wart de acudir temprano al instituto y plantar las semillas en la comida.

Cerré de golpe el libro de ciencias.

—Iré a la escuela temprano —dije en voz alta—. Pero no para encontrarme con los cuatro Bichos Raros, no para echar las Semillas de la Identidad en el almuerzo de los estudiantes, sino para hablar con la señorita Crawford, la directora. Le contaré toda la historia, incluidos los planes de los Bichos Raros en el instituto.

»Ella me ayudará a detenerlos, seguro.

Mi radio-despertador sonó media hora antes de lo habitual y oí las gotas de lluvia golpeando el cristal de la ventana.

Crucé la habitación tambaleándome y espié por entre las cortinas. Fuera observé un triste día gris, con una persistente llovizna fría.

Bostecé, pues había pasado una mala noche, dando vueltas en la cama.

Me vestí con rapidez. Me puse una larga camisa de franela de color rojo y marrón y unos pantalones anchos de pana del mismo color; a continuación, me zampé un desayuno rápido con zumo de naranja y cereales.

—Te has levantado temprano esta mañana —comentó mamá aún medio dormida, mientras esperaba que se hiciera el café.

—Sí, tengo que salir ahora —musité.

Cogí el anorak y la mochila, y salí precipitadamente por la puerta trasera.

Me calé la gorra de béisbol hasta los ojos y empecé a caminar a paso ligero bajo la fría y persistente llovizna. ¡Qué día tan lúgubre! Absolutamente todo parecía gris, no se veía ningún color alegre.

De camino hacia el instituto, iba ensayando lo que diría a la señorita Crawford. Quería contarle la historia, lo más verazmente posible y en el más perfecto orden cronológico. No quería olvidarme nada que fuera importante.

Me crucé con un hombre que llevaba un impermeable gris y que paseaba un dálmata; no había nadie más por la calle.

El instituto parecía vacío cuando llegué. Todas las dependencias estaban en silencio y los zapatos mojados resbalaban por el suelo.

Entré en secretaría, en aquellos momentos vacía puesto que las dos empleadas todavía no habían llegado. Sin embargo, observé que había luz en la oficina de la directora y oí toser.

—¿Está usted ahí, señorita Crawford? —le pregunté.

—Sí —contestó—. ¿Quién anda ahí?

Se oyó el chirriar de una silla y, poco después, asomó la cabeza de cabellos blancos por la puerta de la oficina.

—¿Ricky? —exclamó, mirándome con cierta expresión de sorpresa—. Me has asustado. Has llegado muy temprano, ¿no te parece?

—Pues verá..., quisiera hablar con usted —dijo, tartamudeando.

Me hizo señas para que diera la vuelta al mostrador y entrara en su despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—Se trata de una historia muy larga —empecé. ¿Estaría dispuesta a creerme?

22

A la señorita Crawford siempre la relaciono con una película en blanco y negro. Tiene el cabello blanco, corto y rizado; los ojos grises y una cara muy pálida. Además siempre viste de negro: conjuntos de pantalón y chaqueta negros, además de faldas y blusas también de este color.

No sé la edad que tiene, pero parece bastante mayor a pesar de conservar un espíritu muy jovial y deportivo. A menudo se apunta a los partidos de voleibol que se juegan en el gimnasio.

Me senté en la incómoda silla con respaldo que estaba delante de la mesa. Apartó algunos ficheros y se recostó al otro lado de la mesa.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, con una débil sonrisa.

—¿De veras? ¿Es cierto?

—Tenía la intención de hablar contigo, Ricky —continuó—. Me consta que tuviste algunos problemas el sábado pasado, en la fiesta del lavado de coches.

Esperaba que tomara la palabra, pero yo no sabía qué decir.

—Tengo entendido que fuiste tú quien empezó la guerra del agua el sábado —recalcó la señorita Crawford con severidad.

—¿Yo? —grité—. Yo no empecé. Yo... yo...

Me hizo una seña con la mano para que me callara.

—El señor Wartman, el padre de Richard, me llamó para expresar sus quejas. Me contó que el interior de su vehículo estaba totalmente empapado. Me dijo también que...

—De él es precisamente de quien quiero hablarle —la

interrumpí.

Me daba cuenta de que la conversación no iba por los derroteros que yo había planeado y decidí que convenía cambiar de tema cuanto antes.

—Yo deseaba hablar con usted de Wart —continué—, quiero decir de Richard. Me dijo que no era un chico, sino un Bicho Raro.

La señorita Crawford se quedó con la boca abierta y me miró con los ojos entornados.

—Además, ¿conoce usted a sus tres amigos? —dije con brusquedad—. También ellos son Bichos Raros, monstruos de color púrpura.

La señorita Crawford frunció el ceño.

—Ricky... —empezó.

—De verdad... ¡es cierto! —insistí—. Son monstruos. Se llaman a sí mismos Bichos Raros. Así me lo contaron y, además, los vi. Wart se comió una ardilla, ¡es un Bicho Raro!

Aquello no marchaba demasiado bien, me di cuenta por las enormes arrugas que aparecieron en la frente de la señorita Crawford. No era así cómo había planeado contar la historia, pero ya era demasiado tarde. La iba a soltar entera.

—Yo soy el Jefe —le conté a la directora—, por lo menos eso es lo que ellos creen, pero evidentemente es mentira. Además...

La señorita Crawford se puso en pie de un salto.

—Ricky... ¿te encuentras bien? —preguntó.

—Quieren plantar semillas y convertir a todos en Bichos Raros —continué con desesperación—. Quieren...

Dio la vuelta alrededor de la mesa y me puso la mano en la frente.

—¿Tienes fiebre? Pareces un poco alterado. ¿Quieres que te vea la enfermera? —me preguntó, mientras volvía a su sitio y me miraba a la cara—. Normalmente llega temprano.

—No, la enfermera ¡no! —grité—. No lo entiende, no podemos permitir que nadie coma hoy. ¡Porque ellos son unos monstruos!

La señorita Crawford se rascó la cabeza.

—Creo que debería mandarte a casa, pareces enfermo. Buscaré a alguien que te lleve. ¿Estarán tus padres todavía allí? —preguntó, mientras cogía el teléfono—. Les llamaré.

—No... ¡Por favor! —dije, poniéndome de pie de un salto—. Estoy bien, de veras.

Ella no iba a creerme, no había forma de hacer que me escuchara.

—Sólo era una broma —señalé, dirigiéndome hacia la puerta—. Sólo una broma, de verdad. Lo siento por el coche del señor Wartman; fue un accidente, la culpa fue de la manguera que se soltó.

Alcancé la puerta como pude, la abrí y me dispuse a abandonar el despacho.

—Espera, Ricky —me gritó la señorita Crawford—. Creo que deberías ir a ver a la enfermera; por lo menos, habla con ella. Te encuentro muy excitado, tal vez si hablastes con ella...

—Estoy perfectamente, no se preocupe —insistí.

Me di la vuelta y salí corriendo por las oficinas de administración hasta cruzar la puerta.

Me encontré en el amplio vestíbulo, en aquel momento vacío.

El corazón me latía desbocado, di la vuelta a la esquina y... tropecé con Wart y sus tres compinches.

—¡Oooh! —grité con sobresalto—. ¿Vosotros por aquí?

—Nos alegramos de que te unas a nosotros, Jefe —susurró Wart, mientras lanzaba miradas a un lado y a otro del vestíbulo—. ¡Vamos!

—¿Ir? ¿Adónde? —pregunté.

—Al comedor —respondió.

23

Me di la vuelta y busqué a la señorita Crawford, pero se había quedado en la oficina. El inmenso vestíbulo seguía vacío.

Wart y David caminaban a mi lado, mientras Brenda marchaba delante, abriendo camino hacia las escaleras que conducían al comedor y a la cocina. Jared cerraba el grupo, detrás de mí.

Me tenían rodeado, no podía escapar. Tenía que ir adonde ellos quisieran.

Cuando llegamos al final de las escaleras, vi las puertas abiertas de la cocina. Una luz blanca y brillante se proyectaba hacia el exterior.

Respiré profundamente.

¿A qué olía? ¿Era atún a la cazuela?

Se oían las voces femeninas de las cocineras enfrascadas en sus quehaceres.

Con Brenda guiando el grupo, los cinco nos movíamos en silencio hacia la entrada de la cocina.

Ahora se oía el trajín de los pucheros y el silbido de algo que hervía en los fogones. Una mujer tosió y otra se rió.

Brenda se dio la vuelta de repente, y por poco choqué contra ella. Me metió algo en la mano.

Era la bolsa de plástico que contenía las semillas.

—Puedes hacer los honores, Jefe —susurró con solemnidad—. Ya puedes plantar las semillas en la comida.

—Esto... veréis... —Apoyé la espalda contra la pared de baldosas. No quería entrar allí, no quería tener el honor de plantar

las semillas—. Mejor si lo dejamos para más tarde —propuse—. ¿Recordáis que sugerí que debíamos esperar? Os digo que esperemos hasta que...

—No hay escapatoria —murmuró Jared—. Sabemos que tú deseas que la misión sea un éxito.

—Buena suerte —manifestó Brenda.

David y Jared me empujaron al interior.

Estrujando la bolsa de las semillas en la mano, parpadeé en medio de tanta luz. Podía ver a tres mujeres con uniformes y delantales blancos. Permanecían de pie en aquella gran sala, delante de los fogones situados en la pared dándome la espalda.

Mientras tanto, altas cazuelas de sopa hervían y echaban vapor.

Tragué saliva pensando que, si alguna de ellas se daba la vuelta, me vería al instante.

Me deslicé al lado de un armario que estaba cerca de la entrada.

Delante de mí había un resplandeciente mostrador de aluminio, donde se almacenaban enormes bandejas de comida para su conservación. Vi una gran bandeja con macarrones a punto de gratinar, otra con brécol y una tercera enorme con atún a la cazuela.

Sólo me separaban unos diez pasos del mostrador. ¡Estaba tan cerca!

Probablemente podría llegar hasta allí, esparcir las semillas en una de las monumentales fuentes de comida y salir otra vez al pasillo en menos de diez segundos.

Aunque alguna de las cocineras se diese la vuelta, podría cumplir la misión y salir antes de que ella tuviera tiempo de pegar un grito.

«Pero ¿qué estoy pensando? —me dije, recostado en el armario—. ¡Yo no quiero cumplir la misión!»

Lancé una mirada a la entrada de la cocina, allí estaban los cuatro Bichos Raros apiñados observándome. Movían las manos frenéticamente, haciendo ademanes de que terminara el trabajo.

No podía escoger, no tenía alternativa.

Debía llegar hasta allí y plantar las semillas.

Tomé aire y aguanté la respiración, clavé los ojos en las espaldas de las cocineras con sus uniformes blancos y me arrastré

sigilosamente a lo largo del mostrador de comida.

Había recorrido unos pasos, cuando me detuve. Delante de mí, en el mostrador, había una grandísima fuente metálica cuadrada llena de macarrones a punto de gratinar. Estaba recién preparada y el inconfundible aroma que despedía el queso me hizo reaccionar.

«¡No puedo hacerlo! —decidí—. ¡Ni pensarlo!»

Volví atrás. Los cuatro Bichos Raros se abalanzaron sobre la entrada y bloquearon mi escapada. Los cuatro me indicaron furiosamente que echara las semillas.

Otra vez me encontré delante de los macarrones.

Saqué la bolsa de las semillas.

Tiré del cordel para abrirla.

Sabía que los cuatro me estaban observando, «Tengo que hacerlo, en caso contrario sabrán que no soy su Jefe. He de seguir adelante con esto.»

Sin embargo, en aquel preciso instante se me ocurrió una idea.

24

Agarré la bolsa de las semillas con una mano y la levanté delante de mí.

Me di la vuelta y les hice una seña con el pulgar a los cuatro Bichos Raros; inmediatamente, di un paso hacia el mostrador de la comida.

Otro paso.

Después, simulé que había tropezado con algo.

Di un traspié hacia delante, alcé las manos y la bolsa de las semillas voló por los aires.

Mientras caía, fingí que hacía intentos desesperados por alcanzarla, pero la bolsa chocó contra una esquina del mostrador, dio la vuelta y cayó al suelo, lo que provocó que las semillas se esparcieran por todas partes.

La bolsa estaba frente a mí, tirada en el suelo, vacía.

«¡Eso es! —pensé con regocijo—. ¡Lo he conseguido! ¡He destruido el plan!»

Me esforcé en poner cara de circunstancias y me dispuse a salir a gatas por la puerta de la cocina.

Wart tiró de mí y me arrastró fuera de la entrada.

Moví la cabeza en señal de tristeza.

—¡Lo siento! —murmuré—. Lo siento mucho, de verdad. Os he fallado —continué, mientras fingía estar a punto de llorar.

—No te preocupes —replicó Jared.

Y dicho esto, se sacó otra bolsa de semillas del bolsillo de la chaqueta y me la puso en la mano.

—Siempre llevamos repuesto encima —musitó Brenda—. Nunca se sabe cuándo harán falta más Semillas de la Identidad.

—¡Oh! Esto sí que es tener suerte —manifesté.

—¡Ahora! ¡Entra y termina! —señaló Wart con delicadeza, mientras me daba una palmada en la espalda—. Esta vez no puedes fallar, Jefe.

Los cuatro me empujaron de nuevo hacia la puerta de la cocina. Parpadeé, en espera de que los ojos se me acostumbraran a la intensa luz del interior. Las tres cocineras seguían trabajando en sus fogones y continuaban dándome la espalda.

Me arrastré hasta el mostrador de la comida y eché un vistazo a la fuente con macarrones cocidos. Sostenía la bolsa de las semillas fuertemente en la mano derecha, su peso se aproximaba a quinientos gramos.

Levanté la bolsa por encima de la bandeja con macarrones. Miré hacia la puerta y vi a los cuatro Bichos Raros apostados en la entrada, con los ojos fijos en mí.

Me concentré de nuevo en el mostrador de la comida. Elevé lo más alto que pude la bolsa sobre los macarrones.

«No tengo elección —me dije—. He de hacerlo ahora.»

Esparcí la totalidad de las semillas encima de los macarrones preparados para el horno y volví rápidamente a la puerta. Sin hacer ruido y de puntillas, me escabullí fuera de la cocina.

—¡Tienes que removerlas! —murmuró Brenda, acompañándose de un gesto con la mano.

—¿Cómo? —exclamé, mientras me detenía a unos pasos de la puerta.

—¡Has de escarbar! —susurró con impaciencia—. ¡Así no se verán!

—Bien, de acuerdo.

Me acerqué de nuevo a la enorme fuente. Tomé una cuchara larga de madera y removí hasta que las semillas quedaron escondidas. Después, volví furtivamente atrás.

Sólo había dado tres pasos cuando unas manos fuertes me agarraron bruscamente por los hombros.

—¿Qué estás haciendo aquí, jovencito? —gruñó una mujer.

25

Me hizo dar media vuelta y me encontré delante de la furiosa mirada de la señora Marshall.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

La señora Marshall es una buena cocinera. Es nuestra favorita puesto que siempre está de guasa con nosotros a la hora de la comida, mientras nos sirve.

Sin embargo, ahora no estaba para bromas. Sabía que no me correspondía estar en la cocina.

Los rizos negros del cabello le quedaban prisioneros por la redecilla de la cabeza. Inclínada y con las manos en los bolsillos del delantal blanco, esperaba que yo le diera una respuesta.

Lancé una mirada a la puerta, donde los cuatro Bichos Raros estaban espiando.

—Señora Marshall —susurré—, no sirva los macarrones.

—¿Qué? —gritó, mientras me dirigía una mirada furiosa—. Expílicate, chico.

—No sirva los macarrones —insistí, levantando la voz.

Ya no podía hablar más alto porque Wart y sus tres amigos podrían oírme.

—Por favor, no deje que nadie coma macarrones —le supliqué.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, alto y claro—. ¿Por qué hablas tan bajo?

—No sirva los macarrones —repetí, todavía en susurros—. ¡Están envenenados!

Profirió un gruñido terrible.

—Jovencito, nuestros macarrones son deliciosos —declaró—. Estoy cansada y harta de tantas tonterías acerca de nuestra comida.

—¡Tiene razón! —intervino otra de las cocineras, la señora Davis, desde el otro lado de la cocina y levantando una larga cuchara de madera—. Nuestra comida es buena y saludable, como hecha en casa. Ya estamos hartas de tanta burla.

—Tenemos sentimientos, ¿sabes? —añadió la señora Marshall.

—A los macarrones les echamos queso del mejor —proclamó la señora Davis, aún con la cuchara en alto—, nada de productos artificiales. Nuestra pasta es de la mejor.

—¡Eso es verdad! —exclamó la tercera cocinera. Era nueva y por eso no conocía su nombre—. Venga, déjase los probar, Alice —continuó diciendo—. Que los pruebe, y así verá lo buenos que están.

—Buena idea —asintió la señora Marshall, mientras se daba la vuelta hacia mí.

—¿Te gustaría comer un platito de macarrones? —preguntó, dirigiéndose al mostrador donde estaba la comida.

—Pruébalos y seguro que no te quedarán ganas de decir más barbaridades —dijo la señora Davis.

La señora Marshall empezó a llenar un plato de macarrones para mí.

—No, por favor. Gracias, pero no —farfullé, caminando de espaldas hacia la puerta—. He tomado... He desayunado mucho —continué diciendo, mientras alcanzaba la entrada.

Me di la vuelta y, al salir huyendo, me topé con los cuatro Bichos Raros, que estaban eufóricos.

—Jefe, ¡lo has conseguido! —exclamó Wart con alegría—. ¡Has plantado las semillas!

Estaban locos de alegría, chocaban las manos y me daban palmadas en la espalda. Los cuatro mostraban una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora, sólo tenemos que esperar hasta la noche —señaló Brenda—. Para entonces, este instituto estará repleto de Bichos Raros.

26

No me acerqué por el comedor a la hora del almuerzo, sino que me escondí debajo de una escalera. Las tripas me gruñían, pero no hice caso.

No podía soportar ver a mis compañeros tragando los macarrones, zampándose aquellas pequeñas semillas que iban a convertirlos en Bichos Raros comedores de ardillas.

«Un instituto lleno de monstruos en forma de lagartos de color púrpura —pensé desdichadamente—. Y todo por mi culpa, por mi culpa.»

Durante toda la tarde no presté atención a las clases. Iris intentó hablar conmigo, pero fingí estar escuchando a la profesora.

Sentado en mi pupitre, estudiaba a los otros chicos para ver si detectaba alguna señal de cambio, para observar cómo las semillas que había plantado los convertían en demonios.

Sin embargo, no noté nada extraño. No había señales de pieles de color púrpura, ni de largas y chasqueantes lenguas. Todo el mundo parecía normal.

Al terminar las clases, los cuatro Bichos Raros me estaban esperando en el patio. Me rodearon y me invitaron a seguirles hasta nuestro escondite en la arboleda, al otro lado de la calle.

Wart, enfadado, dio un puntapié a una piedra. David y Jared murmuraban con cara de pocos amigos, mientras movían las cabezas.

—¡No ha funcionado! —dijo Brenda en voz baja—. Las semillas no han actuado, nadie ha cambiado.

—¿Qué ha salido mal? —se preguntó Wart—. ¿Qué habrá fallado?

Los cuatro me miraban.

De pronto, se me ocurrió la respuesta. Sabía exactamente por qué nadie se había convertido en un Bicho Raro.

—Ninguno de ellos ha probado los macarrones —solté bruscamente.

¿Por qué no podía haberme callado la boca? Les estaba dando pistas.

—¿Cómo? —dijeron al unísono, mientras me miraban fijamente.

—Nadie come macarrones, nunca —dije. Ya había empezado y ahora tendría que explicarlo—. Se trata de una norma del centro. Durante años y años, nadie ha dado un bocado a los macarrones.

Los cuatro gruñeron.

Wart se acercó a mí y me miró con desconfianza.

—¿Cómo sabes esto, Jefe? —preguntó—. Tú llegaste aquí apenas unos días antes que nosotros; por lo tanto, ¿cómo sabes que durante años no se han probado los macarrones?

Tenía que pensar rápido. Si descubrían que yo no era un Bicho Raro, con toda seguridad me harían picadillo, se me zamparían, o algo parecido.

—Pues... veréis, uno de los chicos de mi clase me lo dijo —repliqué, inclinando la cabeza—. Debería haberlo recordado antes. Os he fallado, nuestra misión ha sido un fracaso.

—No, todavía no —me interrumpió Brenda—. Tengo más semillas y un nuevo plan. Uno mucho mejor.

Los otros Bichos Raros la miraron.

—Cuéntanoslo —le pidió Jared—, ya no nos queda demasiado tiempo antes de que las semillas se estropeen.

—Es muy sencillo —replicó Brenda, encogiendo los hombros—. Metemos las semillas en la masa en el momento de meterla en el horno y después regalamos los pasteles a todo el mundo el sábado, en la fiesta del instituto.

—¡Una idea brillante! —exclamó David.

—¡Magnííífico! —vitorearon Wart y Jared.

—Todo el mundo tendrá su pastelito gratis —dijo Brenda con una sonrisa maléfica—. Así, todos se convertirán en un Bichos

Raros.

La sonrisa sarcástica de Brenda hizo que me entrara frío por todo el cuerpo. Tragué saliva. De repente, tenía la boca seca.

Sabía que su plan podía resultar, puesto que no conocía a nadie en el instituto que rechazase un pastel gratuito.

«¿Qué podría hacer? —me preguntaba—. ¿Cómo podría detenerlos?»

Se pusieron a mirarme.

—Jefe, ¿nos ponemos manos a la obra? —preguntó Wart—. ¿Ponemos en marcha el plan de Brenda?

Los miré, estaban ansiosos por conocer mi respuesta. Me preguntaba si podían ver de qué manera me temblaban las rodillas.

—Veréis... —empecé diciendo, respirando profundamente.

Debía intentar algo, tenía que idear algo para impedirselo.

—No me gusta el plan de Brenda —dije, intentando que la voz me saliese firme y segura—. Pienso que debemos preparar las semillas para más adelante. Creo que debemos sembrarlas y esperar y ver si crecen. De esta manera, tendremos grandes cantidades de semillas.

Lo sé, lo sé. Era una idea poco convincente, pero en esos momentos no se me ocurrió nada más.

Me preguntaba si habría logrado convencerlos. ¿Olvidarían el plan de Brenda y lo desestimarían? ¿Estarían de acuerdo en la siembra?

Ni hablar. Me bastaron unos pocos segundos para darme cuenta de que había cometido el peor error de toda mi vida.

27

—¿Enterrar las semillas? —gritó Brenda—. ¿Sembrarlas?

Los cuatro se me acercaron, formando un estrecho círculo a mi alrededor.

Sonreí sin convicción, examinando la arboleda para detectar el mejor punto por donde escapar; no obstante, me tenían atrapado.

—¿Estás seguro de que eres nuestro Jefe? —preguntó Wart.

David y Jared se burlaban de mí.

—Un Bicho Raro que fuera nuestro Jefe, nunca nos diría que enterrásemos las Semillas de la Identidad —dijo Jared en tono amenazador.

Wart acercó la cara a la mía.

—Demuestra que eres nuestro Jefe —me ordenó.

—Sí, ¡demuestra que eres un Bicho Raro! —gritó David.

—¡Que se vea! ¡Que se vea! —empezaron a canturrear.

Me asusté e intenté salir de allí, pero me tenían rodeado.

—¡Demuéstralo! ¡Demuéstralo!

Y mientras vociferaban, iniciaron de nuevo la transformación. Empezaron los bultos en la piel, que fue volviéndose de color púrpura, el pelo se les escondió dentro de las cabezas y las mandíbulas se les convirtieron en largos y dentados hocicos.

—¡Que se vea! ¡Que se vea! —coreaban los cuatro—. ¡Prueba que eres un Bicho Raro!

Los miré, incapaz de moverme, incapaz de correr. ¿Qué podía hacer?

—¡Demuestra que eres un Bicho Raro! —me pedían—. ¡Pruébalo

ahora!

Se arrastraban hacia mí, con los ojos destellando ferozmente y con las protuberancias de color púrpura temblándoles en el cuerpo.

Sabía que estaba perdido.

28

—¡Pruébalo! ¡Pruébalo!

Mientras cantaban, iban chasqueando las largas y abultadas lenguas delante de mí.

—¡Demuestra que eres uno de nosotros! ¡Cambia ahora! ¡Déjanos ver que puedes convertirte en uno de los nuestros!

Tragué saliva. Me pedían que me transformara como ellos, lo estaban esperando con la mirada fija sobre mí.

¡Tendrían que esperar durante mucho, mucho tiempo!

—¡Transfigúrate! ¡Transfigúrate! ¡Transfigúrate!

Enseguida conocerían toda la verdad sobre mí.

Decidí que iba a confesar y a pedir clemencia.

—¡Eh! ¿Chicos? —empecé.

Sin embargo, de repente, una voz femenina se dejó oír por encima de los cánticos de los Bichos Raros.

—¡Alto ahí! —resonó el grito.

Nos dimos todos la vuelta para observar a Iris, que se acercaba a nosotros desde el otro lado de los altos arbustos. Los cuatro Bichos Raros gruñeron de la sorpresa. Los ojos se les salían de las órbitas en medio de las cabezas de lagarto de color púrpura.

—¡Yo soy el segundo a bordo! —declaró Iris, mientras sus largos pendientes no dejaban de tintinear—. ¡Yo soy el sargento!

Los Bichos Raros escondieron sus largas y abultadas lenguas dentro de los hocicos. Miraban a Iris, que se había quedado muda.

—El Jefe y yo misma no vamos a transformarnos ahora —continuó Iris en un tono severo—. No tenemos tiempo, debemos

cocinar los pastelitos ahora mismo. Tenemos que preparar las semillas para la venta del sábado.

—¡Bieeen! —vitorearon los Bichos Raros.

—Gracias, sargento —dijo Brenda—. Me alegro de que aceptes mi plan.

—Tu plan funcionará —insistió Iris—. Haremos que todos los del instituto se conviertan en Bichos Raros como nosotros. ¡Rápido! Dejad que vayamos a mi casa a cocinar los pastelitos.

Una vez más los cuatro lagartos deformes nos deleitaron con otro grito de ánimo. Chocaron las lenguas y poco a poco recuperaron la figura humana.

El color púrpura fue perdiendo intensidad y las protuberancias temblorosas desaparecieron debajo de la piel. Los hocicos se encogieron y las caras recobraron el aspecto con el que yo los conocía como humanos.

Mientras esto ocurría, me acerqué a Iris y le susurré al oído:

—Iris, ¿realmente eres uno de ellos?

—Sí, Jefe —me contestó, sin dejar de mirar a los otros cuatro—. No te preocupes, el nuevo plan no fallará.

Abrí la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido. No podía creerlo: Iris, ¡un Bicho Raro!

Iniciamos el camino que nos conduciría hasta casa de Iris, a través de la arboleda.

El sol de la tarde declinaba por detrás de los árboles desnudos. El aire se había vuelto denso y frío. Los escalofríos que me recorrían la espalda no cesaban.

Tuve un presentimiento: Iris me había salvado, pero comprendí que mis problemas no habían terminado.

Estaba en un grave peligro, al igual que todos los alumnos del instituto.

Cuando entramos en la cocina de casa de Iris, yo me preguntaba por qué me había salvado. Ella sabía perfectamente que yo no era uno de los suyos, que no era un Bicho Raro.

En ese caso, ¿por qué me había rescatado de las garras de los otros cuatro Bichos Raros?

Mientras los demás preparaban la harina, los huevos y el resto de los ingredientes, me llevé a Iris aparte.

—Sabes que no soy un Bicho Raro —musité—. ¿Por qué me has rescatado?

—Yo tampoco lo soy —me contestó—, pero vi que estabas en peligro.

—¿Cómo sabías que yo...? —empecé a decir, echando una ojeada a la cocina para cerciorarme de que los Bichos Raros no nos estaban observando.

—Se suponía que teníamos que encontrarnos en el patio, ¿recuerdas? —susurró Iris—. Vi cómo te arrastraban hasta la arboleda. Os seguí, lo oí y lo vi todo.

—Gracias por salvarme —repliqué—, pero ahora tú también corres peligro.

—Lo sé —asintió—, pero tenía que salvarte, ¿no crees?

—¿Cómo vamos a salvar al resto del instituto? —pregunté con sigilo.

—Buena pregunta —respondió Iris—. Ahora debemos concentrarnos en los pastelitos. No tenemos más remedio. Cuando estemos en la fiesta, tendremos que idear algún plan para evitar que los estudiantes se los coman.

—Sí, claro —dije, entornando los ojos.

¿Cómo impediríamos que nuestros compañeros accediesen a los pastelitos gratuitos?

¿Cómo?

29

El sábado por la mañana, Iris, yo y los cuatro Bichos Raros llevamos grandes bandejas de pastelitos al gimnasio.

¡Qué multitud!

Todo el mundo estaba allí. Iban de un lado a otro cargados con bandejas de dulces que iban depositando en las mesas. Charlaban, reían y gastaban bromas.

Habían instalado una tarima con un micrófono a un lado del gimnasio.

Largas filas de mesas se extendían de una parte a otra de la sala.

Mientras Iris y yo nos dirigíamos a las mesas, los cuatro Bichos Raros no se despegaban de nosotros. Protegían los pastelitos, a la vez que observaban nuestros movimientos.

Apilamos los pastelitos, aderezados con las Semillas de la Identidad, en dos bandejas. Habíamos horneado cientos de ellos, muchos más que alumnos tenía el instituto.

Cargados con nuestras bandejas, pasamos junto a un grupo de estudiantes que degustaban pastelitos de chocolate rellenos de nueces. En una mesa cercana, la señorita Williamson, nuestra maestra, estaba ocupada cortando raciones de un pastel de queso. Se veían docenas de fuentes con bollos y pasteles cubriendo las mesas.

Habían colocado carteles con el precio, y casi todos costaban un dólar. Ninguno era gratis, excepto los nuestros.

¿Cómo me las podía ingeniar para evitar que nadie agarrara ninguno? ¿Cómo podía asegurarme de que nadie los probara?

Nos dirigíamos a las mesas, escoltados por Wart.

—Empecemos el reparto —propuso Wart.

—Eso es. No hay razón alguna para demorarlo más —corroboró Brenda—. Démosles los pastelitos, aprovechemos que el gimnasio está abarrotado y en pocos minutos tendremos docenas de nuevos Bichos Raros.

Wart agarró la bandeja y David y Jared tiraron del plástico que la cubría.

¡Tenía que actuar enseguida! Lo sabía, pero ¿qué podía hacer?

Mientras Wart me quitaba la bandeja de las manos, se me ocurrió una idea.

Me escabullí y di la vuelta por detrás de un grupo que comía pastel de chocolate.

De un salto alcancé la tarima, donde Tasha estaba a punto de soltar el discurso de bienvenida, y agarré el micrófono.

—¡Un momento de atención, por favor! —chillé.

El tremendo sonido que pudo escucharse por los altavoces hizo que todo el mundo prestara atención. Mi voz asustada resonó en las altas paredes del gimnasio.

—¡No comáis los pastelitos gratuitos! —grité con fuerza—. ¡Por favor! Escuchadme todos. ¡No comáis los pastelitos gratuitos! De lo contrario, os convertiréis en monstruos. Os saldrán enormes bultos y os transformaréis en lagartos de color púrpura. Y... y... engulliréis las ardillas enteras.

El bullicio que se organizó ahogó mis desesperadas palabras.

—¡De verdad! —exclamé delante del micrófono, mientras Wart y David se dirigían hacia mí—. ¡Tenéis que creerlo! ¡Alejaos de los pastelitos gratuitos!

La risa general aumentó de tal modo que ya no podía oír ni mis propias palabras.

—¡Suelta el micrófono! —gritó Tasha.

Intentaba arrebatarme el micrófono de las manos.

Dos profesores subieron para hacerme desistir.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —empezó a cantar Tasha, a quien poco después se añadió el inmenso grupo de chicos y chicas.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —Resonaban en el gimnasio los cánticos y las risas desenfrenadas.

Podía sentir que el corazón se me hundía en el estómago.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —La algarabía me hacía sentir que la cabeza me iba a estallar.

Quería taparme los ojos, quería correr, quería desaparecer.

«¿Cómo voy a salvarlos si se empeñan en reírse de mí? —me preguntaba—. ¿Qué puedo hacer si no quieren escucharme?»

En aquel momento se me ocurrió otra idea. Algo mucho más desesperado que el anterior plan de rogar a través del micrófono.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —Tasha actuaba de director de orquesta.

Intenté olvidarme de las risas y del griterío, pues disponía solamente de unos pocos segundos para actuar.

¿Funcionaría mi plan?

Con toda probabilidad, no. No obstante, era lo único que se le ocurría a mi asustado cerebro.

Decidí que iba a tragarme yo solo todos los pastelitos.

Agarraría las bandejas y los comería todos; de este modo, salvaría a los demás.

Con un impetuoso salto, me abrí paso entre un grupo que cantaba.

Me hice con la bandeja de los pastelitos que Wart sostenía en las manos y abrí la boca con la intención de zampármelos todos.

30

—¡Ah! —grité, pues algo se me había estrellado en la frente. No estaba herido, sólo sorprendido.

Me llevé la mano a la frente y noté algo húmedo y viscoso. Me habían lanzado un trozo de tarta de chocolate.

La risa era general. Tasha se acercó y me hizo una fotografía.

—¡Oye! —grité enfadado.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —cantaban unos.

—¡Ricky Rata! ¡Ricky Rata! —oía como cantaban otros.

Alguien lanzó un trozo de pastel de chocolate relleno de nueces, agaché la cabeza y fue a darme en el hombro. Por poco tiro la bandeja de pastelitos. Riendo, Tasha me sacó otra foto.

—¿Qué pasa contigo? —le grité—. ¡Estoy intentando salvarte!

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti!

—¡Ricky Rata! ¡Ricky Rata!

«¿No se dan cuenta del peligro que corren? —me preguntaba—. ¿Por qué se empeñan en burlarse de mí? ¿Por qué siempre se mofan de mí? ¡Sólo estoy intentando salvarlos!»

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti!

Alguien me alcanzó en el pecho con una pegajosa porción de pastel de queso.

Alcé la bandeja de pastelitos. Iba a salvarlos, me repetía. No tenía que hacer caso de todas las bromas, cánticos y burlas. ¡Tenía que salvarlos a todos!

Wart y Brenda se me acercaron.

—Jefe, ¿a qué esperas? —preguntó Wart—. Distribuye los

pastelitos.

—No les hagas caso —dijo Brenda—. Cuando hayan comido los pastelitos, serán Bichos Raros. Tú serás su líder y todos ellos serán tus esclavos.

«Tengo que salvarlos —me repetía—, no puedo perder más tiempo, ahora o nunca...»

—¿Cómo? ¿Puedes repetir lo que has dicho? —exclamé, dirigiéndome a Brenda.

—He dicho que serán tus esclavos —repitió Brenda, gritando fuerte para que pudiera oírla por encima del alboroto.

—¿Esclavos? ¿Mis esclavos? ¡Mis esclavos!

Me agaché al ver otro pedazo de tarta de queso que volaba hacia mí.

—¡Ricky Tonti! ¡Ricky Tonti! —seguían cantando.

—¡Toma, Tasha, prueba un pastelito! —grité.

Le alcancé la bandeja y observé cómo se servía uno.

—¡Al rico pastel! ¡Pastelitos gratis! —grité a pulmón abierto.

Las manos agarraban los pastelitos con delirio. Me movía con rapidez y con mucha alegría por todo el gimnasio, ofreciendo pastelitos a diestro y siniestro.

—¡Hay para todos! —gritaba— ¡Eso es! ¡Gratis! ¡Y son los mejores! ¡Gratis! ¡Pastelitos gratis! ¡Hay para todos! ¡Tragadlos ya! ¡Uno para cada uno! ¡Pastelitos gratis!

Miré a mis cuatro camaradas y alcé el pulgar, al tiempo que tomaba un pastelito para comerlo.

No sabía mal, tal vez un poco viscoso, pero muy dulce.

Lancé una mirada por el gimnasio, quería comprobar que todo el mundo masticaba los pastelitos.

«Desde este momento —me dije—, las cosas van a ser muy diferentes por aquí. ¡Y ya no puedo esperar!»



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.